

J. Kenner

COMPLÁCEME

Grijalbo

J. Kenner

Compláceme

Traducción de
Nieves Calvino Gutiérrez

Grijalbo

SÍGUENOS EN
megustaleer



[@Ebooks](#)



[@megustaleer](#)



[@megustaleer](#)

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Nota de J. Kenner

¡Muchísimas gracias a todos los fans de la trilogía Stark que os enamorasteis con Damien y Nikki y queríais más! Vuestros comentarios y peticiones me llevaron hasta *Tómame* y ahora *Compláceme*. ¡Espero que disfrutéis leyendo y echando una miradita a las vidas de Nikki y Damien después del «y fueron felices» tanto como yo escribiéndolo!

Besos y abrazos, J. K.

1

«Señora de Damien Stark.»

Esas cuatro sencillas palabras ocupan mis pensamientos como todas las mañanas desde que pronuncié las palabras mágicas que me hicieron pasar de Nikki Louise Fairchild, soltera, a Nikki Fairchild Stark, casada.

Noto el tirón de los músculos cuando mi boca se curva en una sonrisa, seguido de la presión de la mano de Damien en torno a la mía.

—Estás sonriendo —dice.

—Parece que no puedo dejar de hacerlo —reconozco.

Hemos estado paseando de la mano por una playa mexicana, con la fresca agua del Pacífico lamiéndonos los tobillos y retrocediendo de nuevo con una cadencia tan vieja como el tiempo.

Me vuelvo hacia él y me quedo sin aliento al tiempo que se me acelera el pulso. Le he mirado tantas veces y, sin embargo, cada mirada es como la primera. Es la personificación del poder y la perfección, del amor y del honor. Es la culminación de mis sueños, la encarnación de mis fantasías.

Creo que ÉL es el futuro.

Y, sobre todo, es mío.

Está de espaldas al mar, con el cielo azul extendiéndose detrás de él mientras las olas se arremolinan en torno a sus pies. Lleva un bañador con la cintura baja y una camisa de manga corta. La brisa hace que la blanca tela se le pegue, destacando su constitución atlética y el terso y bronceado pecho que mis dedos se mueren de ganas de acariciar.

Incluso vestido de manera tan informal, Damien parece un dios que surge del mar, un ser tan poderoso que hasta los elementos se encogen de miedo ante su voluntad. Y en un momento de vertiginosa certeza sé que este hombre habría salido igual de victorioso en un campo de batalla como en una sala de juntas.

Pienso en la fragilidad de las circunstancias, y no por primera vez. ¿Y si hubiéramos nacido con una diferencia de cien años o incluso de veinte o de diez? ¿Y si él no hubiera formado parte del jurado de aquel certamen de belleza hace años? ¿Y si yo hubiera cedido ante mi madre y me hubiera hecho modelo en vez de perseguir mis sueños? ¿Y si le hubiera abofeteado la cara en lugar de aceptar su oferta de un millón de dólares a cambio de un

retrato de mí desnuda?

Habría sobrevivido, sí, pero no es lo mismo sobrevivir que vivir, y con Damien, estoy viva de un modo vibrante, resplandeciente y feliz.

Le hago partícipe de mis pensamientos, deseando hallar las palabras que describan de verdad como mi corazón rebosa de alivio y gratitud cuando pienso en que hasta el más delicado tirón de los hilos del tapiz del tiempo podría haber hecho que nuestras vidas discurrieran por caminos distintos.

—Eres un milagro —concluyo, esperando que comprenda a pesar de la deficiencia de mis palabras.

—No —responde—. El milagro somos nosotros.

Sus palabras me hacen estremecer, porque Damien Stark me conmueve como nadie más lo ha hecho ni lo hará. Y creo que ese es el verdadero milagro.

Veo que echa un vistazo a su muñeca y luego hace una mueca socarrona y divertida porque no lleva reloj. Me echo a reír.

—¿No está en su elemento, señor Stark?

—Viviendo felizmente sin comodidades —contesta, luego se gira hacia el horizonte—. ¿Qué hora crees que es? ¿Casi las once?

El sol nos contempla desde lo alto y yo inclino la cabeza hacia atrás, protegiéndome los ojos con la mano ante su ardiente calor. Es el momento del día en que la arena brilla y la luz se refleja en la espuma del mar como fuego líquido. Me parece adecuado. Porque ahora mismo no hay nada que más desee que arder en brazos de Damien.

—Probablemente —digo—. ¿Por qué? ¿Tienes algún compromiso urgente?

Él esboza una sonrisa en respuesta a la diversión que tiñe mi voz.

—En realidad, sí.

Enarco las cejas con genuina sorpresa.

—Ah, ¿en serio? —Estoy segura de que no ha planeado ninguna comida. A fin de cuentas hemos gozado de un desayuno romántico en la playa justo después de la ceremonia de nuestra boda, y de eso hace solo unas horas. Hemos disfrutado de todo, desde delicados crepes hasta jugosas frutas del bosque, pasando por café con densa nata. Es imposible que tenga hambre otra vez—. De acuerdo. Desembucha. ¿Qué pasa?

Él no dice nada, sino que se limita a pasar su brazo por el mío.

—Deberíamos volver adentro.

Entrecierro los ojos, pero fracaso en mis esfuerzos por ponerme seria.

Porque, como es evidente, sé lo que ha planeado. O al menos sé lo esencial. Después de todo, es el día de nuestra boda. Y hay ciertas formas tradicionales de pasar el tiempo justo después del «sí, quiero». Francamente, estoy de acuerdo con el plan. Lo que no sé son los detalles de lo que Damien tiene en mente.

Examino su rostro y reparo en el destello decidido de sus ojos.

—No me lo vas a decir, ¿verdad?

Su boca se crispa de forma nerviosa mientras trata de contener una sonrisa.

—Ni aunque me lo supliques. —Se inclina hacia mí y me roza los labios con los suyos—. Y eso que me encanta cuando suplicas —añade, con la voz desbordante de pícaras promesas.

El beso es suave y provocativo, pero mi reacción dista mucho de ser delicada, y tengo que reprimirme para no apretarme contra él cuando un calor familiar se acumula entre mis piernas.

—Damien —digo, y advierto algo parecido a la desesperación en mi voz.

La pasión siempre está al acecho entre nosotros dos y ese simple beso hace que se apodere de mí una oleada de fuego.

Lo agarro por la pechera de la camisa, valiéndome de eso para atraerlo hacia mí al tiempo que me arrimo. Se palpa el deseo en el aire y siento que me atraviesa una descarga eléctrica cuando me aprieto contra su pecho desnudo, ahora resbaladizo por el calor y la humedad.

Se me endurecen los pezones bajo la fina tela de la parte superior del bikini y dejo escapar un débil gemido de anhelo. Me he quitado el vestido de novia antes de desayunar y ahora solo llevo este pequeño bikini y un fino pareo rosa anudado a la cadera. Pero incluso un atuendo tan escaso es demasiado. Solo deseo tener su piel contra la mía e impulso las caderas hacia delante, desesperada por sentirle contra mí.

Está duro, su erección tensa el bañador. Cambio de posición para agarrarle el trasero con las manos y pegarlo a mí. Él gime, emite un sonido tan lleno de desesperación y necesidad que me tiembla todo el cuerpo y creo que podría correrme con la mera intensidad de su deseo.

Pero no; quiero más. Quiero tenderle conmigo en la arena. A este hombre, que es mi marido.

Quiero sus manos en mí, su polla dentro de mí. Quiero sus labios, su contacto. Quiero su calor.

Quiero todo lo que pueda darme y más.

Lo mejor de todo es que sé que él también lo quiere.

—Damien —susurro, y luego lo libero mientras me afano con el nudo de mi pareo. Es fino y ligero, pero bastará como manta improvisada.

Su mano aferra la mía, y me estremezco de impaciencia. Aparto la mano y cierro los ojos, más que dispuesta a dejar que me desnude.

Pero no lo hace.

Durante un momento me siento confusa y desorientada, y entonces abro los ojos y lo veo mirándome. Veo el deseo en su cara, tan vibrante y salvaje como mi propia necesidad. Y, sin embargo, no hace nada por tocarme de nuevo. Todo lo contrario; da un solo paso atrás, sin dejar de mirarme a los ojos. Nos está negando el placer a ambos y ese simple hecho me cabrea tanto como me excita.

Me controlo y enarco una ceja.

—¿Está jugando, señor Stark?

—Por supuesto —dice con una sonrisa traviesa—. Y, por si lo has olvidado, no juego si no puedo ganar.

—¿De veras? —repongo, divertida—. ¿Y cuál es el premio?

Se acerca, sin tocarme todavía, pero tanto que puedo oír que los latidos de mi propio corazón reverberan contra su ancho y duro torso.

—Tú.

Mi corazón se agita dentro de mi pecho. Aun ahora, estando casados, hace que me sienta tan deliciosamente viva como la primera vez que me tocó.

—En ese caso, ya has ganado —susurro, con la verdad impresa en mis palabras.

Damien alza la mano para acariciarme la mejilla con tal suavidad que no estoy segura de poder diferenciar su tacto de la brisa.

—Sí, lo he hecho —dice.

Entrelaza sus dedos con los míos y luego se dispone a conducirme por la arena hacia el paseo.

—Dime al menos adónde vamos.

—Regresamos.

Empiezo a decirle que eso ya me lo había imaginado. Estamos en una playa solitaria en una parte remota de México cuyo nombre no sé pronunciar y ni siquiera podría volver a encontrar. Después de que decidiéramos saltarnos todo el drama de la boda y escaparnos, nos fuimos a Los Ángeles en uno de los aviones privados de Damien. Lo dejamos en un aeropuerto bastante grande, con el piloto habitual de Damien, Grayson, que imagino que ha vuelto a Estados Unidos. Damien y yo cruzamos el aeropuerto en un

todoterreno con chófer, después tomamos un pequeño aeroplano de un solo motor con dos asientos y una zona de carga diminuta. El propio Damien pilotó el resto del camino.

Damien me explicó el cambio en el avión, diciéndome que en la pista a la que íbamos no podía aterrizar un *jet*. Resultó que llamarlo «pista» resultaba algo exagerado. Era poco más que una extensión de tierra prensada. Me aterraba morir antes de que llegáramos y pudiéramos jurar nuestros votos. Damien se partió de risa.

Y aunque tal vez hubiera preferido un avión con más de un motor y algo de asfalto para tomar tierra, no habría cambiado la expresión de Damien por nada del mundo. Ni el regocijo que vi mientras pilotaba el avión ni el orgullo y la expectación cuando desembarcamos, nos montamos en el todoterreno que nos estaba esperando y recorrimos la escasa distancia hasta el complejo turístico, apartado y absolutamente espectacular.

Se trata de una propiedad pequeña, con menos de diez clientes en todo momento. Atiende de forma exclusiva a parejas que buscan un retiro romántico y, por lo que he visto hasta el momento, los dueños saben bien lo que hacen. Pues, aunque nuestro encargado personal me dijo que el completo estaba todo reservado, ni Damien ni yo hemos visto ni rastro de otras parejas. En lugar de eso, parece que estemos solos en este remoto trecho de playa... o tan solos como es posible con un personal que satisface todos tus caprichos.

Anoche, al llegar, vi un mapa de la propiedad, y la superficie global del complejo se asemeja a una mano. Está ubicado en una zona apartada delante del mar, con cinco penínsulas que sobresalen como dedos. Cada bungalow ocupa su propia península, lo que le confiere intimidad y unas vistas impresionantes del mar por los tres costados.

Aunque llegamos después de que anoheciera, el complejo me impresionó desde el primero momento. Pero cuando entré en nuestro bungalow y contemplé las vistas por los tres costados del mar que revelaban la pareces de cristal, me quedé sin respiración. Era como estar de pie en la cubierta de un barco con millas infinitas de océano al frente, solo interrumpidas por la luz de la luna, que danzaba en el vaivén de las olas.

Nuestro bungalow es el más alejado del edificio principal, que alberga las dependencias del personal, un spa y un restaurante que raras veces tiene clientes, pero sí un lucrativo servicio de habitaciones. El bungalow resulta impresionante, incluso sin la arrebatadora vista. Se compone de un dormitorio lujoso dominado por una cama enorme cubierta de almohadones

de colores rosa y turquesa vivos. Un mando a distancia controla un juego de postigos completamente opacos que sume la habitación en la oscuridad más absoluta. Dado que no veo motivos para cubrir las vistas por la noche ni durante el día, imagino que Damien y yo no utilizaremos demasiado esa tecnología.

En cuanto al resto del lugar, está perfectamente equipado, con una cocina de última generación, un salón con chimenea interior y exterior, y un patio cubierto con una enorme cama balinesa para dos personas, desde la que disfrutar de las vistas y de la brisa del mar.

—¿Esto es tuyo? —le pregunté a Damien cuando llegamos y tuve tiempo de recobrar el aliento.

Él me sonrió, pero luego me sorprendió al negar con la cabeza.

—Estuve a punto de comprarlo hace años, cuando se tambaleaba —dijo—. Acabé haciéndoles un préstamo a los propietarios para ayudarlos a salir del bache, modernizarlo un poco y renovar la imagen del lugar como el destino idóneo, exclusivo y muy lujoso, para una escapada.

—Han triunfado.

—Sí que lo han hecho —contestó. Percibí el matiz orgulloso en su voz y le miré con curiosidad—. Esta propiedad lleva más de tres generaciones en la misma familia. Tiene historia, por no mencionar la clase de ética laboral necesaria para que la propiedad sea viable. Yo solo le di un empujoncito al proceso. No quería cambiar lo que había construido la familia, pero sí asegurarme de que lo que habían creado siguiera floreciendo.

Asentí, recordando lo que me había contado en una ocasión acerca de una pequeña empresa de vino y queso gourmet. Le había encantado el producto y quiso ayudar a la empresa, tanto que se asoció con ellos, dejando que la dirigieran de manera autónoma, pero con el pleno respaldo de los recursos de Stark International. Había sido un error. De repente, la pequeña empresa local elogiada por la prensa se vio vilipendiada, recibiendo críticas que afirmaban que en realidad se trataba de un gran negocio que simulaba ser pequeño y familiar. Damien retiró sus recursos y vendió las acciones de Stark International a los dueños de nuevo, pero el daño ya estaba hecho y la empresa tardó muchos años en recuperarse.

Damien me atrae hacia sí cuando nos aproximamos al bungalow.

—También había otra razón —dice.

Frunzo el ceño, tratando de seguir el hilo de sus pensamientos.

—¿Te refieres a otra razón para no comprar el complejo?

Asiente.

—Quería un lugar al que venir cuando necesitara estar solo. Sin trabajo. Sin obligaciones. Un respiro.

—Como ahora —bromeo.

—Como ahora.

Me detengo en el sendero, luego le rodeo el cuello con los brazos y me pongo de puntillas.

—Por si no te has dado cuenta, no estás solo.

—Pero sí que lo estoy —replica. Abro la boca para responderle alguna frivolidad, pero me freno. Veo en su cara que habla en serio—. Un hombre nunca es más él mismo que cuando está solo —añade, en respuesta a mi pregunta tácita—. Es cuando desaparece la careta. Cierras la puerta y el personaje se esfuma. A solas revelas tu alma. Tú y yo lo sabemos mejor que mucha gente.

Asiento, aunque no digo nada.

Me roza los labios en un beso tan dulce que hace que me entren ganas de llorar.

—Nikki, eres la única persona con la que puedo estar y seguir estando solo. Tú me ves; ves mi alma. Y no solo me ves, sino que me amas.

—Sí.

Solo cuando saboreo mis lágrimas me doy cuenta de que estoy llorando, después de todo. Me he pasado la vida interpretando un papel. La Nikki social. Nikki, la reina de la belleza. Nikki, la hija obediente. Pero con Damien soy solo Nikki.

—Estoy solo contigo —continúa—. Y, al mismo tiempo, ninguno de los dos volverá a estar solo jamás.

Parpadeo para contener las lágrimas.

—Es perfecto —respondo—. Podrías haber buscado de por vida y no haber encontrado un lugar mejor para nosotros. Me... me colma. —Las palabras resultan insuficientes, pero cuando Damien me aprieta la mano y me dice «Lo sé», creo que tal vez lo comprende.

Cuando llegamos al bungalow, mi mente sigue centrada en sus palabras y en este lugar. Creía de veras lo que he dicho acerca de que la ubicación era perfecta. Desde el juicio por asesinato por el que pasó, las cosas han sido una locura. Y tiene razón, es un respiro muy merecido para ambos. Tiempo para estar juntos, a solas. Una oportunidad para detener la rotación de la tierra solo un poco. Sonrío al pensarlo.

—¿A qué viene eso? —me pregunta, rozándome la comisura de la boca con la yema del dedo.

Encojo el hombro como si tal cosa mientras él me abre la puerta del bungalow.

—Solo estaba pensando en la facilidad con la que controlas el universo. Detener la rotación de la tierra no es tarea fácil.

Damien ríe entre dientes.

—¿Es eso lo que hago?

—Hummm... hum. —Le agarro de las manos y tiro de él hacia el interior—. Pero ahora mismo no quiero que la tierra se pare. Justo lo contrario. Haz que se estremezca la tierra, Damien. —Aprieto mi cuerpo contra el suyo. Inspiro hondo, satisfecha conmigo misma cuando se mueve y noto su dura erección contra mi abdomen—. Quiero que me desarmes —susurro—. Por favor, Damien. Quiero que me hagas gritar.

—Como desees —dice, con esa voz grave que me hace vibrar de impaciencia—. Al fin y al cabo, señora Stark, es el día de su boda.

2

Resulta que no grito. Aunque pego un chillido cuando me aferra contra su pecho y le rodeo el cuello con fuerza. Río y pataleo mientras me lleva al dormitorio.

—No voy a hacerla gritar, señora Stark —susurra con tono travieso—. Voy a hacer que suplique.

—Porque te gusta cuando suplico. —Mi voz suena entrecortada cuando repito lo que me ha dicho en la playa.

Su boca se curva en una sonrisa, pero no responde a mis palabras. En cambio veo la verdad en sus ojos. «Oh, sí —pienso—. Esto va a ser divertido.»

Espero a que me deposite sobre la cama y estoy preparada para agarrarle de la camisa y tumbarle sobre mí si se le ocurre apartarse, aunque solo sea para desnudarse. Sin embargo, me sorprende, pues cruza la habitación hasta una puerta corredera de madera. Cambia la forma en que me sostiene el tiempo necesario para abrirla, revelando el baño más espectacular que he visto en mi vida.

Anoche vi lo suficiente para saber que era alucinante, pero ya había oscurecido cuando llegamos y estaba más interesada en el hombre con el que me había escapado para casarme que en la arquitectura y la fontanería, por increíbles que fueran.

Esta mañana no he tenido ocasión de cruzar esas puertas. Damien me ha despertado antes del amanecer y me ha entregado a dos mujeres lugareñas que me han llevado a toda prisa al salón, que habían convertido en un vestidor improvisado. Me han lavado el cabello en un sillón portátil de salón de belleza y luego me han maquillado en el baño más pequeño, aunque igual de lujoso, situado junto a la cocina.

Me han mimado y acicalado para después engalanarme con el vestido de novia y llevarme a la playa para una ceremonia tan rápida y diligente que mis recuerdos de esta mañana antes de los votos comienzan de forma difusa.

Entonces, igual que ahora, solo deseaba a Damien.

Ahora, sin embargo, mi deseo por este hombre se acentúa y magnifica gracias a la escena que tengo ante mí.

—Damien —pronuncio su nombre como un susurro sobrecogido. La

estancia es romántica. Mágica.

Tan perfecta como el hombre mismo.

Levanto la cabeza y lo encuentro sonriéndome; en este momento mi corazón está tan rebosante que tengo que aferrarme a él con más fuerza por miedo a que me estalle.

No tiene comparación con ninguna otra habitación que haya visto nunca y me siento un tanto impresionada. Anoche, en la oscuridad, no pensé en el suelo, y de haberlo hecho habría dado por sentado que era todo sólido. No obstante, es pizarra que lleva a una piscina rectangular que ocupa casi todo el cuarto de baño, pero que se extiende por debajo de la pared corredera de cristal para dominar también el patio trasero. Más allá del extremo de la piscina sin fin, se encuentra el mar, y al contemplarlo desde dentro de la casa, la costa rocosa que desciende desde el bungalow resulta del todo invisible.

En ciertos aspectos, este espacio me recuerda a la casa de Damien en Malibú. Nuestra casa, me corrijo mentalmente. Se asemeja en el mobiliario y en elegancia, y sin embargo es diferente. Exótica. Es el lugar perfecto para una luna de miel y así se lo comento en un susurro a Damien mientras continúo mirando a mi alrededor con placer y asombro.

Un pequeño puente de piedra cruza la piscina hasta la moderna bañera gigante ubicada en el medio, como una isla.

Pero lo que me ha dejado sin aliento y hace que me palpite el corazón no son los detalles arquitectónicos, sino lo que ha hecho Damien de la estancia. Porque está cubierta de pétalos de rosa. Alfombran el suelo y asoman entre las burbujas que llenan la bañera. Por increíble que parezca, flotan también en el agua de la piscina. Junto a la bañera, una cubitera con champán emerge del agua sobre un trípode. Una bandeja de bambú, con dos copas, descansa en la bañera.

Carece de ducha, pero puedo ver que hay una fuera. Ahora mismo, la habitación está abierta, con la pared de cristal corrida a un lado para dejar paso a la brisa, que refresca mi acalorada piel.

A diferencia de la habitación, donde el suelo de piedra es más extenso que en la piscina, el patio está ocupado casi por completo por esta, con apenas unas islas de piedra. En una hay una tumbona que es más bien una cama exterior y por eso me llama la atención. La otra isla está próxima a una pared de madera independiente de la que sobresalen alcachofas de ducha, así como algunos ganchos de los que cuelgan esponjas vegetales, botes de champú y artículos de baño de estilo spa.

Como el patio está abierto, no hay más intimidad que la que ofrecen la extensión de playa desierta y el mar abierto. Es salvaje. Es libre. Es la civilización desnuda, y todo en esta habitación —desde su apariencia hasta su fragancia a rosas, pasando por la promesa de placeres decadentes— me ha conquistado por entero.

Tal y como ha dicho Damien, estamos completamente solos, y saber que puede tomarme aquí, con la brisa del mar besándome la piel y el cielo abierto como testigo de nuestro placer, hace que me estremezca de anhelo, hasta el punto de estar aún más agradecida de que Damien me tenga en brazos, pues dudo mucho que me sostuviera de pie.

Damien cruza el puente de piedra y me deja con suavidad casi en el borde. Yo me muevo, pero él menea la cabeza y luego lleva las manos a mi espalda para desatarme los nudos que me sujetan la parte superior del bikini. La prenda cae al agua, y aunque enarco la ceja por la sorpresa, Damien se limita a continuar.

Sus dedos me rozan el pecho con ligereza, haciendo que inspire con brusquedad y que luego me estremezca cuando su caricia desciende por mi costado hasta la cintura, sembrando un cosquilleo de necesidad e impaciencia en mi piel.

Me desata el pareo y deja que caiga también. Este flota sobre la superficie del agua y lo observo fluir hacia fuera; la luz del sol se refleja en él, haciendo que el tejido brille.

—El resto —dice Damien.

Me humedezco los labios mientras obedezco, deslizándome la braguita del bikini por las caderas hasta que cae en torno a mis tobillos. Saco los pies de la prenda enredada y me quedo desnuda delante de mi marido.

Él esboza una sonrisa suave, sincera y llena de promesas, y acto seguido me arrastra hacia sí. Con diestra delicadeza, me levanta en vilo y me mete con cuidado en la bañera. La temperatura es perfecta, de modo que suspiro de placer, dejando que el agua, ligeramente oleosa, resbale por mi piel. Me desplazo hacia atrás para recostarme contra el liso lateral de la bañera y hacerle hueco a Damien para que se una a mí.

Salvo que, por supuesto, no lo hace.

—Damien —protesto.

—Calla. Deja que te atienda. —Coge el champán y lo abre, haciendo que el corcho salga adrede disparado por la habitación y bañándome con el espumoso burbujeante.

Me echo a reír.

—¿No es esa la forma más basta de abrir el champán?

—Es posible —responde—. Pero es mucho más divertida.

Llena las dos copas y me tiende una antes de coger la suya. Sus ojos me recorren, pero el humor que he advertido hace apenas unos instantes se ha visto sustituido por algo suave y profundo.

—¿Damien?

Sus ojos se clavan en los míos y veo pasión... y amor. Alza la copa en un brindis.

—Eres mi corazón —dice, sin desviar su mirada de la mía—. Eres mi sangre. Eres el aire que respiro y la fuerza que me impulsa. No eres solo mi esposa, Nikki, eres mi alma. Eres mi mundo. Eres mi vida.

Tomo una bocanada entrecortada de aire, asintiendo como una boba, como si con eso fuera a impedir que se me salten las lágrimas.

—Y tú, la mía —declaro, al tiempo que levanto la copa para brindar con él—. Te quiero —añado, deseando poseer su elocuencia, aunque sé que entiende lo que alberga mi corazón a pesar de que no encuentro las palabras.

—Lo sé —me dice mientras se acerca para besarme en la coronilla.

—¿Piensas unirte a mí? —pregunto.

Deseo su tacto. Lo deseo envolviéndome, haciendo que me pierda en este tibio y húmedo abrazo.

En lugar de responder, deja la copa, coge un recipiente de cristal y se echa un poco de aceite perfumado en las manos. Luego se coloca detrás de mí mientras yo dejo escapar un sonido quedo de protesta. Pero no con tanta rotundidad como cabría; aunque quiero que esté dentro de la bañera conmigo, de ningún modo puedo negar el atractivo de que Damien me bañe.

—Recuéstate —me dice—. Cierra los ojos.

Obedezco, luego suspiro de placer absoluto cuando me frota los hombros con suavidad. Sus dedos son fuertes y calientes, y me pierdo en el goce de su tacto y del intenso olor a vainilla. Me está atendiendo, seduciendo, y en este momento estoy aún más que deseosa de que me seduzca.

—¿Estás familiarizada con cómo se iniciaban las lunas de miel? —pregunta, sacándome un brazo de la bañera para concentrarse en mi mano.

Yo niego con la cabeza, demasiado excitada por la delicada presión que ejerce a lo largo de cada dedo y por el no tan delicado hilo de mis pensamientos como para formar palabras.

—Hace miles de años... en la época tribal... un hombre se llevaba a la

mujer que reclamaba como esposa a un lugar aislado, donde la seducía a conciencia.

Mientras habla, sus manos untadas de aceite ascienden por mis brazos y descienden después por mi clavícula hasta cubrirme los pechos con las palmas. Tomo aire de forma trabajosa mientras mis pezones se ponen duros, pues quieren más.

Por fortuna, Damien no me decepciona. Mueve las manos en pequeños círculos de forma que las palmas me rozan ligeramente los pezones erectos, provocando chispas de placer que me recorren todo el cuerpo. Me contoneo un poco en la bañera, tratando de sofocar la necesidad que ha empezado como una débil vibración entre mis piernas pero que ahora palpita con ferocidad.

—Lo más seguro es que ella quisiera huir —dice Damien, y no puedo evitar el pequeño sonido de protesta que escapa de mis labios. Desde luego, yo no tengo la menor intención de huir. Mantengo los ojos cerrados; aun así puedo oír la risita en la voz de Damien cuando prosigue—: Pero él la desea y, dada su resolución, la retiene durante un mes. Un ciclo de la luna entero.

—Luna de miel —murmuro.

—Es mucho tiempo para estar cautiva —continúa—. Sin duda ella deseaba odiarle. —Desliza una resbaladiza mano por mi pecho para introducirla en el agua. Continúa descendiendo, toqueteándome el abdomen hasta que sus dedos rozan la línea de vello de mi pubis—. Pero él estaba empeñado en asegurarse de que ella se quedara. Y por eso se proponía satisfacerla. —Su mano se cuela entre mis muslos para acariciarme con delicadeza—. Lo más seguro es que ella estuviera asustada —comenta en el momento en que ahogo un grito, arqueándome hacia su contacto cuando las primeras sensaciones electrizantes de un orgasmo me recorren en un glorioso destello del placer por llegar—. Pero él se esforzaba al máximo para tranquilizarla.

—Sí —digo, sintiéndome deliciosamente relajada.

Tengo la cabeza inclinada hacia atrás y los ojos aún cerrados. Mi respiración es superficial ahora; mi cuerpo está preparado.

La yema del dedo de Damien traza pequeños círculos sobre mi sexo, excitando mi clítoris de una forma que me hace gemir, pero que no me procura la satisfacción que tanto ansío.

Frustrada, meneo las caderas en busca de gratificación mientras suplico más en silencio. Estoy frenética de necesidad, presa del descarado deseo.

—Su único propósito era mitigar sus temores. Hacerla arder, temblar y

desear.

«Ardo de deseo. ¡Oh, Dios, ardo de deseo!»

Damien me introduce un dedo y yo libero un gemido de placer exigente al tiempo que me arqueo y caigo de nuevo en la bañera. El agua salpica por los lados, sin duda empapa a Damien, pero me da igual. Lo único que quiero es este momento. Lo único que quiero es que él me lleve ahí.

—Todos sus pensamientos se centraban en ella —prosigue, y mete otro dedo dentro de mí mientras con el pulgar excita mi clítoris con movimientos delicados—. Su único objetivo era esa mujer.

—Sí —susurro. Deslizo una mano entre mis piernas y presiono la palma sobre la suya, apremiándole en silencio a que profundice. A que sea más contundente.

Él lo hace, hundiendo esos dos dedos con fuerza en mi interior mientras la yema de otro dedo danza en torno a mi perineo. Jadeo, retorciéndome de placer, con el cuerpo a punto de estallar. Estoy cerca, muy cerca, y alzo una mano para agarrar mi propio pezón y tironear de él con fuerza en un intento de llevarme al límite mientras Damien me excita y me atormenta.

Pero es el show de Damien, y mientras con la mano libre toma mi pecho y aquieta mis dedos, yo abro los ojos para ver mi propio frenesí reflejado en su expresión.

—Por favor... —suplico.

Él se limita a negar con la cabeza y en su boca se dibuja esa clase de sonrisa arrogante que tan bien conozco. La clase de sonrisa que promete placer y delicias inimaginables en abundancia... pero todo bajo las condiciones de Damien. Y Damien es un hombre que sabe prolongar la seducción.

—La llevaría al límite —continúa, despacio—. Haciendo que ella lo ansiase con toda su alma. Haciendo que lo desease. Impulsándola a la cima del placer sensual, prometiéndole la liberación. Tomándola de tal manera que se rindiera a él, que se entregara a la promesa del más puro placer en brazos de ese hombre.

—Sí —exclamo—. Oh, sí.

Damien retira los dedos de mi sexo y mis músculos protestan poniéndose tensos, deseando tenerlo de nuevo dentro. Ahueca su mano y la presión que ejerce hace que resulte difícil que un solo pensamiento tome forma en mi cabeza.

—Y únicamente cuando está seguro, la reclama por entero, la toma por

completo. —Aparta la mano y he de morderme el labio para sofocar un gemido de protesta.

Mete los brazos en la bañera, uno por debajo de mis rodillas y el otro en torno a mi espalda, y me coge. Yo le rodeo el cuello y me aprieto contra él, pues deseo estar tan cerca de Damien como sea humanamente posible.

—La colma de ternura y seducción —dice Damien, y yo murmuro una protesta contra su garganta—. ¿Qué? —pregunta.

Echo la cabeza hacia atrás y le miro con los párpados entrecerrados.

—No me estoy quejando, pero no estoy segura de que a lo largo de la historia los hombres lo vieran todo desde tu punto de vista —respondo.

Los labios de Damien se mueven de forma nerviosa.

—¿No?

—Creo que solo tomaban lo que querían y al cuerno con la mujer.

Enarco una ceja de forma provocativa, con lo que consigo que agache la cabeza para besarme en la frente.

—Puede ser —admite—. O puede que no haya terminado de contarte mi historia. Una cosa es que él haya hecho que lo desee. Otra muy distinta es que haya terminado de reclamarla. Que le haya hecho entender de verdad que es suya.

—Ah —repongo al tiempo que me recorre un sensual estremecimiento.

—La cima del placer —aduce despacio; sus palabras están tan cargadas de significado que me vencen. Y sí, hacen que me humedezca—. El abismo de la pasión. La llevaría allí una y otra vez, hasta que se encuentre desesperada de deseo, vencida ya toda resistencia, disipada toda su indecisión. Solo lo conocerá a él. Solo lo deseará a él. Y suplicará el alivio y la liberación que solo él puede darle.

Ahora estamos en el patio y él me lleva a la ducha, donde me baja al suelo. Gira el grifo y el agua caliente empieza a caer de forma agradable con el efecto lluvia. Levanto la cabeza, disfrutando mientras me empapa, luego la bajo para ver las últimas burbujas de la bañera desaparecer por el desagüe.

Damien se encuentra a mi lado, vestido aún con el bañador y la camisa blanca desabotonada. Está empapado y la tela se pega a él al estilo de los modelos de revista, haciendo que desee contemplarlo sin más y disfrutar sabiendo que es mío.

—Así —dice.

Hace que me vuelva de cara a la pared de madera de la que sobresale la alcachofa. Enseguida me agarra una muñeca y me levanta el brazo por

encima de la cabeza. Solo entonces me doy cuenta de que el gancho del que he visto colgando el champú es en realidad un nudo corredizo. Quita la botella de champú y luego desliza la cuerda alrededor de mi muñeca antes de tirar con fuerza, sujetándome.

—Damien —exclamo, y puedo percibir la agitación y la excitación en mi voz.

Él también, y atisbo la sombra de una sonrisa mientras me toma la otra muñeca y repite el proceso de forma que quedo de pie, desnuda y atada, de cara a la pared de madera.

Damien retrocede para observarme desde mi izquierda, a la distancia necesaria para que tenga que volver la cabeza si quiero verlo.

—La reclama —dice lentamente—. La reclama y la posee. La toma y la domina. La provoca y la excita hasta que ella comprende que ahora él es su vida, igual que ella lo es de él.

Nuestros ojos se encuentran y el aire parece crepitar entre nosotros. Puedo sentir el cosquilleo de unos estimulantes dedos tocándome, danzando sobre mi cuerpo. Estoy viva con este hombre. Mi marido.

Estoy viva y soy suya.

Y ambos lo sabemos ya.

Durante un instante, creo que va a añadir alguna cosa, pues tiene los ojos entrecerrados con lo que solo puedo tildar de diversión. Pero acto seguido, sin mediar palabra, se da la vuelta y se aleja de mí, siguiendo con cuidado el sendero de piedra que cruza la piscina.

Le veo marcharse, decidida a no llamarle. No sé a qué está jugando, pero estoy segura de que hay un juego. También estoy convencida de que si bien Damien me hace esperar por el solo placer de hacerme suplicar, no lo hará por mucho tiempo. No cuando él me desea tanto como yo a él.

De todas formas, solo por si acaso, tiro con firmeza de mis ligaduras, aunque lo único que consigo es apretar los nudos. ¡Mierda!

Y entonces, como si quisiera demostrar mi hipótesis, Damien regresa. Se ha cambiado de ropa y ahora lleva unos pantalones cortos, nada más. Parece resplandecer bajo el sol y pienso que sus rayos lo han besado. En ese momento, la idea consigue que tenga celos del sol.

Se acerca a mí con paso resuelto y, aun en este patio junto al mar y ataviado de forma tan desenfadada, no cabe duda de que es un hombre al que hay que obedecer. Más aún, sé que lo haré voluntariamente.

Lleva una de las copas de champán y se detiene justo a un lado de la pared

de madera para que me resulte más fácil mirarle.

—Eres preciosa —me dice con tal veneración en la voz que hace que me sienta débil.

—¿Es así como me quieres? —pregunto, alzando la barbilla—. ¿Desnuda, atada y húmeda por ti?

Enarca una ceja en silencio al tiempo que da un paso hacia mí.

—¿Lo estás?

«¡Sí, sí, santo Dios, sí!» Pero no lo digo en voz alta, sino que me limito a sonreír.

—Ven a averiguarlo.

—Tentador —replica, acercándose todavía más, y con cada paso mi impaciencia y mi cuerpo se inflaman un poco más.

—Por favor —digo cuando está lo bastante cerca para tocarme, pero no lo hace, lo cual resulta enervante.

—Por favor, ¿qué?

—Tócame —respondo—. Fóllame.

—¿Está desesperada, señora Stark? Dios, me encanta cómo suena.

—¿Desesperada? —bromeo.

—Señora Stark —declara con firmeza, y da un trago al champán—. No creo que haya dos palabras en el mundo que me produzcan mayor placer. —Me acerca la copa—. ¿Un sorbo para la novia?

Asiento y me inclino hacia delante. Él me lleva la copa a los labios y la inclina para que beba. Tomo un poco, pero la mayor parte se me desliza por la barbilla hacia los pechos.

Me estremezco levemente al sentir el inesperado roce del líquido frío y aún más cuando Damien se acerca y coloca una mano en la parte baja de mi espalda para sujetarme mientras me lame el champán de la clavícula.

No reconozco el sonido que emito. Es algo salvaje. Feroz. Una exigencia, una súplica, y si no estuviera atada a esta pared, me hincaría de rodillas y le suplicaría que me tomara con fuerza, con rapidez.

Ahueca la mano libre sobre mi pecho mientras con la lengua me lame la aureola antes de que su boca me succione el pezón. Me chupa, lo que provoca una descarga en mi clítoris y hace que una necesidad casi dolorosa se apodere de mi ya palpitante sexo.

Trato de mover las manos, porque quiero tocarle. Acariciarle la espalda y hundir los dedos en su cabello, pero estoy atada y solo puedo sentir, anhelar y desear.

—Damien.

No soy consciente de que he pronunciado su nombre en voz alta hasta que me mira, con los labios apretados todavía contra mi pecho y el rostro plagado de un deseo manifiesto.

—Placer —dice, y acto seguido me muerde el pezón—. Y dolor.

Grito cuando sus dientes se hunden en mi sensible carne, pero al mismo tiempo noto un cosquilleo de excitación en los pechos y mi cuerpo vibra, como si todas las zonas erógenas estuvieran conectadas. Una red de sensualidad surca mi cuerpo, desde el clítoris hasta los pechos, pasando por la boca y los dedos. Me recorre por dentro y por fuera mientras la mezcla de placer y dolor me acerca más y más a algo que tiene el poder de destruirme y de completarme.

—Dime qué quieres. —Se endereza, apretando con fuerza su cuerpo contra el mío para que pueda sentir su erección a través de los pantalones cortos que lleva—. Dime qué necesitas.

—A ti —respondo—. Con fuerza. Por favor.

Nuestras miradas se encuentran y él amolda la mano a mi nuca y tira de mí para darme un beso tan apasionado que nuestros dientes chocan y juro que puedo saborear la sangre.

—Eres mi esposa, Nikki. Mi corazón, mi vida.

—Dilo otra vez —le ruego.

—Mi esposa —repite, pues entiende a la perfección lo que necesito oír. Se coloca detrás de mí y me acaricia los hombros, la espalda, el trasero—. Mía —agrega; se pega a mí y desliza la mano sobre mi vientre para acariciar mi sexo. Estoy empapada, tan excitada que me desespera, y mi cuerpo se estremece sin control.

Somos uno, él y yo. Y ahora mismo lo necesito dentro de mí, como si fuera la prueba de esa simple perogrullada.

—Por favor, Damien. Te necesito.

—Aún no —replica, y oigo el susurro de la tela cuando se quita los pantalones. Vuelve a colocarse delante de mí y, mientras me desata las manos, aprovecho para contemplar la perfección de Damien Stark. Porque vestido resulta impresionante, pero desnudo y erecto alcanza la perfección. Y me siento egoísta, codiciosa y gloriosamente feliz de que sea mío—. Estás sonriendo —dice.

—Tengo motivos.

—Ambos los tenemos.

Una de mis manos sigue atada, pero Damien hace que me dé la vuelta para ponerme de espaldas a la pared. Me besa con suavidad, explorando mi boca con la lengua mientras sus manos recorren mi cuerpo, como si me descubriera por primera vez.

Agarro su nuca con la mano libre, impidiendo que se aparte de mí, pues no quiero que el beso termine, pero al mismo tiempo deseo que no sea dulce. Quiero un beso arrollador. Quiero que me folle.

Quiero que me reclame como a una novia de la luna de miel de la antigüedad.

—Reclámame —le pido—. Por favor, Damien, tómame ya. Te necesito. Necesito entregarme.

Mis palabras parecen una invocación; Damien me besa más intensamente, tomando tanto como le doy, exigiendo todo lo que tengo.

Me empuja con fuerza contra la pared, luego me coge una pierna y la levanta para que mi muslo se apoye en su cadera y quede expuesta a él. Me introduce los dedos, haciendo que me arquee gracias a la gloriosa sensación de estar siendo explorada.

—Me encanta lo mojada que estás —murmura, y antes de que pueda responder, me agarra de la cintura, me levanta y me hunde la polla hasta el fondo. Profiero un grito, acogiéndolo y deseando más.

Empuja con fuerza, apretándome contra la pared mientras me penetra con fuerza. Me aferro a sus hombros, con mi cuerpo abierto a él; mi necesidad de Damien es tan acuciante como la suya de mí.

Esto no trata de romanticismo, vino, rosas y luz de luna. Esto es salvaje. Es primitivo.

Es maravilloso.

Me está reclamando. Me está marcando.

Me está dando lo que necesito, todo lo que necesito, y yo me rindo de forma voluntaria tanto a él como a las oleadas de placer que se alzan cada vez más mientras continuamos moviéndonos juntos, mientras la tormenta se forma dentro de nosotros.

—Dilo —exijo cuando mi cuerpo alcanza el clímax—. Oh, Dios, necesito oírte decir.

Nuestros cuerpos chocan una última vez en un increíble embate mientras el mundo que ansío se derrumba sobre mí, arrojándome al abismo y precipitándome a las estrellas en una explosión de luz y color.

—¡Mi esposa! —grita cuando alcanza su propio orgasmo—. Eres mi

esposa, mi vida, mi amor.

Y Damien... Damien es mi marido.

3

El mar está en calma, y yo floto con la cabeza inclinada hacia atrás y los ojos abiertos hacia el cielo. Las nubes se mueven perezosas por encima de mí, vagando por el aire igual que yo por el mar. No veo a Damien, pero puedo sentirlo y sé que está cerca y que no estoy sola.

Es él lo que me mantiene a flote, tanto como el agua, e inspiro hondo y luego cierro los ojos; caliente, a salvo y viva.

No sé cuánto tiempo me dejo arrastrar, solo sé que cuando abro los ojos, está oscuro y las estrellas me hacen guiños, no de forma amable y tierna, sino con malicia, como si guardaran un secreto que no tengo derecho a compartir.

Tiemblo, repentinamente consciente de que ya no puedo verlo ni sentirlo, y me invade una oleada de pánico. Me pongo tensa y me cuesta respirar. Lucho por seguir a flote, pero no sirve de nada. El agua me arrastra hacia abajo como si tuviera garras, empiezo a hundirme, tosiendo y escupiendo cuando mi cabeza se sumerge bajo la superficie, y lucho por salir.

Soy presa del pánico, agitando los brazos y las piernas, y solo entonces, cuando mis pies desnudos tocan la arena, me doy cuenta de que no cubre. El alivio se apodera de mí como la marea; no me estoy ahogando. Solo avanzo a trompicones, y una vez que encuentre a Damien, sé que recobraré la calma.

Recupero el equilibrio y aprieto las manos contra la superficie del mar, sintiendo su pulso bajo la piel con el vaivén de las olas y el influjo de la marea. Noto tirones en los tobillos, urgiéndome en silencio a que me deje llevar. A que me funda con el agua y sucumba al poder del océano.

«Damien —pienso, segura de que le he encontrado—. Él es el océano.» Es poder y movimiento, elegancia y belleza, y la razón de que no pueda encontrarlo es que ya está ahí. Rodeándome, acariciándome, instándome a que vaya con él.

Me relajo y me entrego a su sensual influjo, dejando que el agua tire de mí hacia abajo, hacia abajo, hasta que todo mi cuerpo se encuentra bajo la superficie cristalina. Abro los ojos y me doy cuenta de que puedo ver toda la eternidad. El mundo aquí, bajo las olas, es vibrante y lleno de vida, una explosión de colores a pesar de la oscuridad de la noche sobre la superficie.

Observo con asombro un arrecife de coral naranja y amarillo que se alza sobre mí. Los peces nadan como flechas de un lado a otro, como si llegaran tarde a citas importantes.

He olvidado respirar y me entra el pánico, pero entonces me doy cuenta de que no es necesario que lo haga. Pertenezco a este mundo. A las profundidades. Aquí, donde Damien me rodea.

Salvo que...

Salvo que no es Damien quien siento que me rodea. No es su consuelo ni su tibieza. Todo lo contrario, siento frío, me siento perdida.

Por encima de todo, siento miedo.

Un poco frenética, escudriño el océano. Quiero gritar, pero el agua me presiona y no puedo. El corazón me late con temor dentro del pecho y las vibraciones se expanden, provocando que el mar se agite.

Extiendo los brazos para serenarme, pero no hay nada a lo que agarrarme. Lucho en un intento de encontrar asidero y no encuentro nada. Trato de gritar, de suplicar que Damien me abrace, pero no emito ningún sonido.

Y entonces le veo y se me encoge el corazón.

Está de pie, cerca de mí, y su torso emerge del agua mientras sus pies están plantados en la arena. Observo desde mi extraña perspectiva bajo el agua mientras las olas lo azotan. Extiende una mano. Al principio creo que es para mantener el equilibrio, pero luego me doy cuenta de que trata de llegar a mí. Lucho por avanzar, con la mano también extendida. Casi puedo tocarle. Solo un poco más cerca...

Mis dedos rozan los suyos y casi lloro de alivio... y entonces se aleja de mí, la corriente se lo lleva, y lloro de espanto mientras intento nadar hacia él, encontrándome el camino bloqueado. El arrecife, la fauna, la marea. Todo en este nuevo universo conspira para separarnos, y cuando por fin se apartan y mi visión se despeja, Damien ya no está. Solo hay océano hasta donde alcanza la vista.

¡No! ¡No, no puedo haberle perdido!

Abro la boca para gritar y me atraganto cuando el mar interviene para ahogarme. Lucho, me levanto y cojo aire; me duelen las costillas a causa del frenético esfuerzo de mis pulmones. Todavía estoy tosiendo agua cuando lo veo flotando bocabajo delante de mí.

No oigo el grito desgarrador que brota de mi garganta, pero sé que estoy atravesando el agua a nado con fuerza, tratando de llegar hasta él con

desesperación. No sé cómo, pero mis brazos acaban rodeándolo y entonces estamos los dos en la playa, yo encima de él, con la boca en la suya mientras le insufla aire, ese aire dulce, y le suplico con toda mi alma que por favor, por favor, por favor, vuelva conmigo.

Pero no lo hace. Simplemente yace ahí, frío y mojado, mirándome con esos ojos que deberían centellear como las estrellas, pero que ahora carecen de vida, como las piedras.

—¡No! —La palabra brota con fuerza de mí y vuelvo a bombear, pues no estoy dispuesta a rendirme. No soy capaz de concebir siquiera que Damien pueda haberse ido.

Presiono mis labios contra los suyos de nuevo, decidida a darle vida. A darle la mía, si es necesario. A hacer cualquier cosa, lo que sea, para recuperarlo, porque de ninguna forma, de ningún modo, puedo seguir adelante sin él.

Pero no hay nada.

A pesar de mi lucha, de mis súplicas, de mi llanto... sencillamente nada.

Aun así, no paro. Continúo realizando presiones. Empujo. Suplico. Lanzo amenazas. Y, joder, le insto a que vuelva y no me detengo. No puedo parar, porque, si lo hago, entonces no queda nada del mundo y flotaré hasta el espacio, como un cascarón. Perdida. Y completamente sola.

—No te atrevas —le digo; las palabras se desgarran de mi garganta mientras hundo la parte inferior de las palmas sobre su corazón—. Ni se te ocurra dejarme.

Una lágrima me resbala por la nariz, pero no me paro a enjugármela. Cae en los labios de Damien. Parpadeo y otra lágrima sigue a la primera.

Sus pestañas se agitan. Sus mejillas recuperan el color.

Y entonces mueve los labios para articular una palabra tan entrecortada y queda que casi no la reconozco...

—Nikki.

Está vivo. Ha vuelto.

Es mío.

4

Me incorporo de golpe, con la piel cubierta por una fina película de sudor y la respiración trabajosa. Estamos en la enorme cama balinesa del patio, y Damien me rodea con el brazo. Me atrae hacia sí; su voz es tan baja y suave que solo distingo el sentimiento, no las palabras. «No pasa nada. Estoy aquí. Estás a salvo.»

Cierro los ojos y dejo que su fuerza me llene. Y cuando he tomado lo que necesito, me vuelvo hacia él.

—Ya estoy bien —le digo—. Puedes soltarme.

Damien me roza los labios con un beso.

—Nunca.

Me arrimo más, sonriendo entonces contra su hombro. Esa única palabra es tan reconfortante como una manta en invierno, y estoy contenta, pues este hombre que me ama ha disipado por fin los últimos resquicios de la pesadilla.

—¿Quieres contármelo?

—No —respondo, luego me sorprendo cuando las palabras surgen de todas formas. Le cuento que lo alejan de mí. Que todo en el mar parece conspirar para separarnos. Que lo encuentro muerto en el agua que hacía solo unos instantes había sido tan reconfortante, pero que de pronto se vuelve amenazadora—. No podía hacerte volver —añado, sintiendo que las lágrimas me anegan de nuevo.

—Pero lo hiciste —aduce. Me acerca y captura mi boca con la suya. El beso empieza siendo dulce, pero se torna ardiente y apasionado, exigente y posesivo—. Lo hiciste —repite una vez me ha liberado—. Y jamás tendrás motivos para hacerme volver otra vez porque jamás te dejaré. Ya fui lo bastante imbécil como para hacerlo antes y estuvo a punto de acabar con los dos.

Yo asiento, luego inspiro hondo para serenarme. Porque sé que lo que está diciendo es verdad. Damien no volverá a dejarme del mismo modo que yo no lo dejaría a él. Y, sin embargo, el temor me sigue teniendo en su poder y sus afiladas garras se hunden en mí y no me sueltan.

Ahora que me he espabilado, creo entender la naturaleza de mis temores. A pesar de estar casada, de que este hombre al que tanto amo me haya tomado, reclamado y poseído, temo desesperada y terriblemente perderlo, por

empeñados que estemos en estar juntos.

Me toco la alianza con el dedo. Creía que mis temores se dispararían una vez que me la pusiera en el dedo. Pero ni siquiera el matrimonio puede borrar la realidad y sé que aún hay cosas ahí fuera. Cosas como el juicio por asesinato de Damien. Sí, han sobreesido el caso. Pero ¿y si no lo hubieran hecho? Lo habrían arrancado de mi lado, lo habrían obligado a pasar la vida entre rejas. Y no hay voto ni alianza que puedan protegernos de eso.

Gracias a Dios, el juicio forma parte del pasado. Pero todavía acechan horrores en el mundo. Cosas que pueden apartarlo de mí. Cosas que podrían entrar en nuestras vidas, tratando de separarnos por la fuerza. Su padre, por ejemplo, que sin duda no va a dejar de intentar conseguir un pedacito de Damien. O Sofia. No puedo culpar a Sofia, su amiga de la infancia, por amar a Damien, pero sí puedo hacerlo por intentar separarnos. Ahora está encerrada, su pasado y el mundo le han pasado factura, y aunque Damien recibe informes regulares de los médicos que dicen que está mejorando, no creo que jamás llegue a recuperar la cordura necesaria en un mundo en el que Damien y yo estamos juntos.

Y sin embargo, al mismo tiempo, sé que Damien la sigue queriendo como a una hermana, a pesar de que estuvo muy cerca de destruirnos a ambos. Sofia rechazó su petición de asistir a nuestra boda, y si bien parecía despreocupado cuando me lo contó, sé que la necesidad de mantenerla alejada le hiere. Solo puedo imaginar cuánto le enfureció eso a ella, y procuro no estremecerme, más contenta de lo que quisiera reconocer de que esté lejos, obligada por el tratamiento que le impusieron por orden judicial.

Por si no bastara con eso, también están mi madre, los paparazzi, los ex jefes, los ex amantes, la prensa, los rivales y sabe Dios quién más. El mundo es grande, y cuando proyectas una sombra tan alargada como Damien, te creas un montón de enemigos. Y ahora los enemigos de Damien son también los míos.

Me doy cuenta de que estaba equivocada en la pesadilla. El océano no era Damien. El océano era el mundo. Y el mundo es brutal.

Cuando Damien me coge la mano, me doy cuenta de que he estado acariciando una de las largas cicatrices de mi muslo de forma inconsciente. Me estremezco, de vergüenza e inquietud. Ya no me hago cortes; con Damien, ya no lo necesito. Ni siquiera cuando mis pensamientos se tornan siniestros y me domina el miedo.

Pero aquí estoy, buscando a tientas ese dolor, apenas consciente de que

necesito encontrar mi equilibrio y de que me asustan las cosas más sencillas. Porque no entiendo la inseguridad que me ha llevado a tocar ese horrible recordatorio.

Espero a que Damien haga algún comentario al respecto, pero no lo hace. En cambio, resigue mi alianza con los dedos.

—Estaba equivocado en Malibú —se limita a decir al cabo de un momento.

Yo frunzo el ceño.

—¿De qué estás hablando?

—Te dije que no necesitábamos la ceremonia. Que era una simple formalidad, porque tú y yo ya éramos uno solo. Me equivocaba.

Ladeo la cabeza.

—¿No somos uno?

Damien se ríe entre dientes.

—Con respecto a eso, tenía toda la razón. Pero me equivocaba en cuanto a que no necesitábamos la ceremonia.

—¿En serio? ¿Por qué?

—¿Cuántas veces nos hemos enfrentado juntos al mundo y hemos sobrevivido? —pregunta y en este instante sé que comprende mis temores—. ¿Cuántas veces ha intentado separarnos el mundo? ¿Tu madre, Sofia, el pasado? —Yo no respondo, pero no importa; él no espera que lo haga—. Nuestra boda es nuestro vínculo. Nuestra promesa es nuestra prueba. Es un símbolo para el mundo que nos rodea de que lucharemos y ganaremos. Sobre todo, de que somos uno solo. —Extiende los dedos, con los ojos fijos en su propia alianza—. Es una simple alianza de plata, pero está hecha de titanio, un material muy fuerte. —Me mira a los ojos y me sorprende la ferocidad que descubro en ellos—. No hay nada que temer, cariño. Ya no.

Contemplo mi propio anillo; una banda de platino con un diamante impresionante.

—A lo mejor debería cambiar esto por titanio.

—No es necesario —aduce al tiempo que me coge la mano, sujetándola de forma que nuestros anillos se tocan—. Yo siempre te daré la fuerza que necesites.

—Lo sé. —Ojalá hubiera un modo de llenar el sonido de mi voz con todo lo que hay dentro de mí. Aferro su mano con fuerza y lo acerco a mí mientras me tumbo en la cama—. Te deseo ahora —digo—. Quiero sentir a mi marido dentro de mí.

Su sonrisa es un tanto pícara y un tanto divertida.

—Qué oportuno. Porque en este momento siento unas ganas aplastantes de poseer a mi esposa.

Consigo fingir que bostezo y llevo la palma de la mano a la boca.

—Qué poco original. A fin de cuentas, es lo que has hecho hace unas horas.

—¿Y se te ocurre una idea mejor?

—Por supuesto. —Cambio de posición en la cama, de modo que me siento a horcajadas sobre él—. Estaba pensando que yo debería poseer a mi marido.

—¿En serio?

Él está de espaldas, y yo, sentada justo encima de su pubis. Siento que su polla se sacude de forma involuntaria, tentando a mi trasero. Me alzo y luego me echo un poco hacia atrás. Ahora está erecto del todo y tomo su polla con una mano mientras meneo las caderas para colocarme en posición. Miro a Damien a los ojos mientras lo hago y observo la tormenta que se está formando. Sabe lo que estoy tramando —¿cómo no va a saberlo?—, pero eso no evita que gima de sorpresa y de placer cuando desciendo y mi cuerpo se empala en su dura polla.

—Sí —digo en respuesta a su pregunta—. En serio.

Mi voz suena entrecortada y me mezo un poco mientras hablo, valiéndome de las rodillas para ascender y descender. Le cabalgo con fuerza y velocidad, arqueo la espalda y mi respiración es brusca. No cierro los ojos y, en un acuerdo tácito, él tampoco.

Damien Stark es tan necesario para mí como la sangre. Es lo que me completa, lo que me da vida. Y mientras me muevo sobre él, mientras lo siento duro dentro de mí, tan vibrante y vital, veo la pasión que arde en sus ojos y sé con absoluta certeza que a él le sucede lo mismo.

—Ahora.

Sin previo aviso, me agarra de las caderas. Grito en el momento en que el dolor y el placer me desgarran cuando me empuja con más fuerza contra él, hundiéndome su carne aún más adentro, tanto que puedo sentirlo en cada célula, llenándome hasta que estoy justo en el precipicio.

—Córrete conmigo ahora —dice, y la pasión y la necesidad que reflejan su voz me empujan el resto del camino.

Mi sexo envuelve el suyo con fuerza y grito por la liberación que arrasa mi cuerpo mientras las caderas de Damien me embisten y se vacía en mi interior.

Me desplomo sobre él, con el corazón desbocado y el cuerpo tembloroso

mientras me atraviesan los últimos espasmos de mi orgasmo y del suyo.

—Damien —murmuro.

—Lo sé —responde.

Más tarde, nos acurrucamos y, abrazados, vagamos por ese lugar situado entre el sueño y la vigilia. Él está detrás de mí, con el cuerpo pegado al mío, haciendo que me sienta a salvo, dándome calor. Tanto que dejo escapar un sonido de protesta cuando se apoya en un codo.

Ríe entre dientes en respuesta a mi protesta y estoy a punto de expresar mis objeciones aún más alto, cuando su dedo comienza a descender con ligereza por mi costado, la curva de mi cintura y mi cadera. Exhalo un suspiro y me aprieto contra él, asegurando el máximo contacto. En ese momento me siento tan ligera, tan a gusto y saciada, tan satisfecha que creo que podría derretirme en el colchón.

—Por favor, dime que no tengo que moverme nunca más.

—Podría decírtelo. —Alcanzo a apreciar la chispa traviesa en su voz—. Seguramente podría hacer que sucediera, incluso, aunque sería una proposición cara. Otra pareja ha alquilado el bungalow y creo que tienen previsto llegar en menos de cinco horas.

Muevo los hombros en rotaciones circulares.

—¿Otra...?

—Y está claro que si no te vuelves nunca más perderemos nuestro vuelo. Por no mencionar la luna de miel que he planeado.

Me incorporo, disfrutando de la caricia del aire fresco sobre mi piel caliente.

—Bueno, a mí me gusta esta vista —dice Damien. Luego su dedo baja por mi pecho, y mi pezón, ya erecto, se endurece todavía más.

—¿Luna de miel? —repito—. Creía que esto... —Pero me interrumpo. Claro que este no es nuestro verdadero destino de luna de miel. Mientras yo planeaba la boda, Damien planeaba la luna de miel. Aunque nuestra decisión de huir para casarnos fue de última hora y Damien también se ocupó de eso. Solo ahora me doy cuenta de que había dado por hecho que los dos destinos eran uno solo. Sin duda, dicha suposición se hallaba al margen de la realidad —. Vale —digo después de realizar todos los reajustes mentales necesarios —. ¿Adónde vamos?

—¿Adónde? ¿Es que no me has escuchado antes? Tradición de luna de miel. Un lugar remoto. Seducción intensa. —Esboza un dibujo perezoso sobre mis pechos desnudos, dejando una estela de calor y deseo renovado.

—Estoy más que de acuerdo con la seducción intensa —reconozco—. Pero si esperas sacarme de la cama, vas de culo.

—Puede que tengas razón. —La risa impregna su voz, y luce una sonrisa arrogante mientras se baja de la cama balinesa—. No puedo contártelo, aunque tal vez sí darte una pista.

Le observo mientras vuelve adentro y regresa al cabo de un momento con un pequeño estuche para joyas. Me lo entrega y yo lo abro despacio, saboreando la sorpresa. Dentro hay una delicada pulsera con un solo talismán de plata.

La torre Eiffel.

Ahogo un grito de sorpresa y rodeo el cuello de Damien con los brazos.

—¿De verdad nos vamos a París?

—De verdad —responde.

Me echo a reír, encantada.

—*Merci* —digo, tirando del oxidado francés del instituto. Y aunque él ya lo sabe, añado—: *Je t'aime. Beaucoup.*

—Yo también te quiero —declara—. Muchísimo.

La suave piel del asiento de pasajero del Bombardier me envuelve e inspiro hondo, frustrada por lo nerviosa que estoy a pesar de que me siento más cómoda en el *jet* privado de Damien. Corrección: en uno de los *jets* privados de Damien. Por lo que sé, posee una flotilla.

Otra corrección: nuestro *jet* privado, pues Damien no deja de recordármelo. Nunca aspiré a tener mi propio avión y tengo la clara sospecha de que los contables y los abogados de Damien, y otros consejeros importantes, dirían que sigo sin hacerlo, pero no puedo negar el factor guay. A fin de cuentas, hace no tanto conducía un cacharro de la marca Honda, con la transmisión hecha polvo. Creo que un *jet* privado constituye sin duda un escalón superior en el mundo.

Damien pilotó el avión que nos sacó del complejo turístico y nos encontramos con Grayson, que ahora se halla sentado en la cabina, junto con Damien y el copiloto. Damien ha actuado como copiloto del *jet* en otras ocasiones, pero eso no forma parte de la agenda de hoy. Solo ha ido para ocuparse de algo y estoy deseando que regrese.

Apoyo la mano en la piel del asiento y me reconforta su tibieza. Con Damien a mi lado, todo está bien. Aunque ahora la pesadilla ha vuelto, resquicios de temor que la sola presencia de Damien había combatido, pero que pueden liberarse y sembrar el caos cuando está lejos de mí. En el aspecto intelectual sé que solo está discutiendo el plan de vuelo con Grayson y, en líneas generales, cerciorándose de que nuestros planes de viaje estén en orden y confirmados. Aun así, no puedo evitar pensar que mi pesadilla era intensa, y que por mucho que deseemos que nuestra luna de miel sea una burbuja romántica, el mundo va a oponer resistencia.

Me estremezco y agarro con fuerza el fajo de revistas que llevo en el regazo. «¿En serio? Pues venga. Porque juntos Damien y yo podemos enfrentarnos a todo.»

—¿Necesita alguna cosa, señora Stark?

Levanto la vista, sobresaltada, y me encuentro a Katie, la veterana asistente de vuelo, brindándome una sonrisa. Entonces me miro las manos y veo que tengo los nudillos blancos sobre la oscura portada de la revista *Wired* de este mes. Intento relajarme.

—Estoy bien. Solo cansada.

—Por supuesto —dice, y aunque la expresión de su rostro sigue siendo cordial, no puedo evitar percibir cierta diversión en su voz, y siento un calor en las mejillas como respuesta. A fin de cuentas, soy una recién casada—. El camarote individual está preparado para usted.

—Ah —exclamo como una boba.

Ya he volado unas cuantas veces en este *jet*, así que me conozco bastante bien el camarote, y a menudo paso el viaje de vuelta en él, una vez que hemos ganado altitud. Lo que me pregunto es por qué voy a ir allí sin Damien.

Debo de llevar la duda escrita en la cara, porque Katie sonrío.

—El señor Stark ha dicho que se reunirá con usted allí dentro de unos momentos.

—De acuerdo —respondo, sintiéndome un poco tonta.

Con el fajo de revistas bajo el brazo, me levanto del mullido asiento y me encamino hacia el fondo del avión. Pienso en la promesa de Katie de que Damien vendrá pronto y una agradable sensación de impaciencia caldea mi cuerpo. El vuelo a París será de aproximadamente diez horas. Teniendo en cuenta el ajetreo que hemos llevado desde que salimos de Los Ángeles, sé que deberíamos dormir un poco si no queremos desplomarnos a causa del *jet lag* y del agotamiento en la Rue de Rivoli. Aunque, incluso si nos quedamos fritos durante ocho horas, siguen quedándonos dos deliciosas horitas para nosotros.

Me apresuro el resto del camino, pero cuando abro la puerta veo que Damien Stark se me ha vuelto a adelantar. La habitación está iluminada con velas, una inesperada realidad que me hace reír a carcajadas. ¿Quién si no Damien pensaría en velas en un avión?

Por supuesto, son de mentira, pero la iluminación es igual de romántica y la titilante luz de docenas de velas se refleja en la madera pulida del camarote y crea sombras danzarinas que en otras circunstancias podrían resultar amenazadoras pero que esta noche son atractivos y reconfortantes.

La estrecha cama todavía está hecha; el níveo edredón, cubierto de pétalos de rosa. Esbozo una sonrisa al pensar en la bañera del bungalow mexicano. Por lo visto, nuestra luna de miel tiene temática.

No hay champán, pero en la mesilla hay una botella de Macallan de dieciocho años junto a dos vasos altos de cristal. Sonrío de oreja a oreja. Antes de conocer a Damien, mi bebida preferida era el bourbon, pero en los

últimos tiempos he descubierto los placeres del whisky de malta solo.

En resumen, la habitación es una delicia y no puedo evitar pensar que es muy probable que al final durmamos menos de ocho horas. No hay problema; estoy más que dispuesta a sacrificar horas de sueño por Damien.

Me sirvo un whisky para luego sentarme en la cama a bebérmelo, saboreando la pausada quemazón y la forma en que el calor se propaga por todo mi ser. Apuro el resto y cierro los ojos, dejando que me invada el leve y parsimonioso mareo. No hemos cenado nada y el whisky es potente. Aunque no tanto como mis pensamientos sobre Damien, y entre el mareo y el deseo, empiezo a sufrir cierta frustración.

Mis pezones se tensan, frotándose de forma casi dolorosa contra el ajustado cuerpo del vestido veraniego. Me llevo las manos a los pechos, imaginando que son las de Damien las que me tocan. Damien, que conoce mis deseos tan bien como yo los suyos. Puede que incluso mejor.

Rememoro cómo me tomó en la ducha. En la bañera llena de agua perfumada y pétalos de rosa. Este camarote está repleto de velas.

Ha hecho esto por mí. Para complacerme y seducirme.

Sonrío para mis adentros con cierta picardía. «Vaya —pienso—. Me toca a mí.»

Me levanto el tiempo necesario para bajarme la cremallera del vestido y quitarme los finos tirantes de los hombros. Luego me lo bajo por las caderas y lo lanzo al otro lado de la estancia, de forma que estoy de pie, desnuda, delante de la cama. No llevo ropa interior —un guiño al juego al que Damien y yo solíamos jugar—, aunque él aún no ha descubierto ese secretito. Pero no pasa nada. Hay tiempo de sobra para que lo descubra cuando lleguemos a París.

Ahora mismo tengo otra sorpresa en mente y, dado que no sé cuánto tiempo más va a estar Damien en la cabina, sé que debo darme prisa. Me doy la vuelta y examino la cama, tratando de pensar. Tengo algo en mente, y al cabo de unos segundos de acrobacias mentales, me parece que he descubierto cómo ponerlo en práctica.

Cuando oigo el suave golpecito en la puerta, estoy lista.

—¿Quién es? —pregunto, por si es Katie.

—Soy yo —contesta Damien, y como lo deseo con tanta desesperación, el simple sonido de su voz hace que me tiemble el cuerpo y mi sexo se contraiga de necesidad.

—Entra —digo, pero no importa. Él ya ha girado el pomo y la puerta se

está abriendo.

—Lo siento —se disculpa, aún en el pasillo—. Ha habido una confusión con el plan de vuelo y...

Se interrumpe, toma aire con brusquedad y cierra la puerta a toda prisa. Luego se queda petrificado, recorriendo cada centímetro de mí con los ojos en un examen tan pausado y metódico que casi siento su mirada como una caricia física.

Estoy desnuda y casi con los brazos y las piernas en cruz sobre la cama. Lo bueno de los *jets* es que se requieren cinturones de seguridad, y aunque, durante el despegue y el aterrizaje, Damien y yo solemos sentarnos a la manera más tradicional, en el camarote principal hasta el camarote privado dispone de cinturones de seguridad que pueden usarse en caso de turbulencias.

O de seducción.

Solo he tardado unos instantes en sujetarme los tobillos con los cinturones de los pies de la cama. Más complicada ha sido la tarea de sujetarme la mano izquierda por encima de la cabeza. Pero lo he conseguido. Ahora tengo dicho brazo extendido y atado, haciendo que me encuentre más o menos inmóvil. Solo me queda libre el brazo derecho y, viendo el ritmo de la respiración de Damien, sé que es muy consciente de que con los dedos de la mano libre me estoy acariciando el sexo, muy húmedo y sensible.

—Joder, Nikki.

Me limito a sonreír, sintiéndome deseable y muy, muy satisfecha. Sé muy bien qué está mirando y el brote de poder femenino por haber sorprendido y silenciado a Damien Stark me hace sentir más que embriagada.

—Hola —digo en voz queda y sensual—. Te he servido una copa. ¿Por qué no la coges y vienes aquí?

—No sé yo —responde—. Me lo estoy pasando muy bien aquí, de pie, observando.

—¿De verdad? —Mantengo un tono despreocupado y suave. Y mientras hablo, no aparto en ningún momento los dedos de mi sexo—. Yo también me lo estoy pasando bien.

—Ya lo veo.

—Hummm.

Deslizo un dedo dentro de mí, frunciendo los labios y liberando un gemido desesperado. Puede que mi plan haya sido excitar a Damien, pero está funcionando igual de bien conmigo, y ahora mismo estoy tan caliente que

casi no puedo evitar llevarme al clímax y observar luego la cara de Damien mientras me rompo en pedazos delante de él.

Pero no. No es una actuación en solitario. Quiero sus manos, su boca. Quiero sentirlo encima de mí. Quiero su polla dentro de mí.

Quiero la pasión, la liberación. Quiero ver cómo se hace pedazos el famoso control de Damien Stark y quiero saber que yo soy la responsable.

«Esposa», pienso.

Sí, señor.

Retiro la mano, sin apartar la mirada de su rostro. Muy despacio, deslizo un dedo hacia arriba, por mi vientre, luego por mi clavícula. Cuando trazo un círculo en torno a mi pezón, veo que un músculo se crispa en su mejilla. Pero, cuando me llevo la mano a la boca y me meto el dedo entre los labios, su compostura se viene abajo y suelta un auténtico gruñido mientras viene a mí con una sola zancada larga.

Me echo a reír, encantada, y luego saco muy despacio el dedo de entre mis labios. Le brindo una sonrisa, con los ojos bien abiertos, colmados de inocencia.

—¿Está desesperado, señor Stark?

—Contigo, siempre.

Suspiro de satisfacción. Yo me siento del mismo modo.

Damien está de pie, a la altura de mi hombro, rozando el lateral de la cama con la cadera. Entonces alarga la mano para recorrer con los dedos mi brazo desnudo hasta llegar al cinturón que me sujeta la muñeca.

—Interesante —murmura, y acto seguido retrocede y deja que sus dedos deambulen sobre mí cuando se mueve, de modo que me acaricia con ligereza las costillas, la cintura, la cadera.

Pero al cabo de un momento, se aleja de la cama, dejándome desolada cuando sus dedos abandonan mi piel. Tomo aire y me doy cuenta de que he olvidado respirar. Él se acerca a la mesilla, coge su vaso de whisky y pega un trago. Sus ojos no se apartan de los míos en ningún momento.

Estoy aquí, tumbada —no puedo hacer otra cosa—, y empiezo a sentir un hormigueo en la piel. No hay un solo momento en que no sea consciente de Damien. En que no pueda conjurar la sensación de sus dedos sobre mi carne o sus labios en mi mejilla. Solo tengo que pensar en él para poder sentirlo.

Pero esto es diferente. Es anticipación mezclada con necesidad. Es pasión. Es saber que me he ofrecido para que haga conmigo lo que quiera... y no sé hasta dónde llegará. Solo sé que me lleve a donde me lleve, iré de buena

gana.

—Me pregunto... —dice, y guarda silencio.

Intento no reaccionar, pero las palabras acuden a pesar de mis esfuerzos.

—¿El qué?

Su sonrisa es perezosa, amplia y un poco sinuosa. En torno a sus ojos, de dos colores, se forman algunas arruguitas que le aportan un matiz algo travieso.

—Me pregunto qué harías si me quedara aquí, de pie, disfrutando de la vista durante el resto del vuelo.

No estoy preocupada. Damien lleva unos pantalones cortos holgados, pero no ocultan su erección. Mi marido me desea tanto como yo a él.

—Apenas nos hemos puesto en marcha —alego—. Diez horas es mucho tiempo para estar de pie. Y no hay otro sitio donde sentarse en esta habitación.

Él echa un vistazo alrededor, como para verificarlo. Luego da otro paso atrás, de forma que acaba apoyado en la puerta.

—Estoy seguro de que me las puedo apañar. Soy capaz de hacer todo tipo de sacrificios. Al menos cuando el premio que aguarda merece la pena.

—Oh. —Me contoneo sobre la cama con algo de incertidumbre. Sé bien que dice la verdad. Sé aún mejor que yo soy el premio; su esposa, ardiente, frenética y loca de deseo, más si cabe porque la ha provocado y tentado, y le ha negado la liberación.

Me muerdo el labio inferior mientras le observo. No sonrío y, sin embargo, no puede negarse que una chispa de diversión le ilumina el rostro.

—No lo harías —asevero, proyectando en mi voz una nota de certeza que en realidad no siento.

—¿No? —Toma un trago de whisky mientras me contempla con atención—. Qué curioso; pensaba que me conocías mejor.

—Joder, Damien —protesto, sin saber si estoy cabreada o divertida.

Lo único de lo que estoy segura es de lo que siente mi cuerpo. De que mi piel parece demasiado tirante y me pesan demasiado los pechos. Tengo los pezones tan sensibles que hasta el más mínimo movimiento de mi corazón hace que los invada un cosquilleo a modo de exigencia silenciosa. Y mi sexo... Ay, Dios, estoy tan mojada, tan inflamada, tan dolorosa y desesperadamente excitada que hasta el más ligero roce de las yemas de mis dedos provoca oleadas que me atraviesen y mi coño palpita de necesidad. Lo quiero dentro de mí; no, lo necesito dentro de mí. Pero Damien piensa

atormentarme...

—No —dice cuando me acaricio de manera descarada, imaginando que mi tacto es el de Damien, y entonces arqueo la espalda mientras destellos, como las diminutas luces de las luciérnagas, comienzan a danzar en mi interior, como una antesala del relámpago que se aproxima. Se acerca a la cama y me agarra la mano, rozándome el sexo con ligereza, como una forma de tormento causal—. No —repite, al tiempo que me levanta la mano por encima de la cabeza y luego emplea el mismo cinturón que había usado yo con la otra para atarme esta también.

Estoy frenética de impaciencia y tan excitada que la rigidez de mis pechos resulta casi dolorosa y mi sexo está tan preparado para recibir su contacto que temo que voy a correrme con solo sentir su mirada en mí.

—Bueno —dice, como si hablara consigo mismo—. ¿Qué hace un hombre cuando tiene infinitas posibilidades ante sí?

No le respondo. Estoy demasiado embelesada con la expresión de su cara, como la de un hombre que acaba de abrir un regalo increíble. Es una expresión, entre muchas otras, que he llegado a conocer muy bien. Es una expresión que dice que me ama. Más que eso, es una expresión que dice que me desea.

Se sirve otro whisky y toma un trago, como si sopesara este complejo dilema. Continúo mirándole, jadeante y cada vez más impaciente. Al cabo de un momento, se acerca a mi lado de nuevo, con el vaso alzado. Espero que beba un trago, pero en cambio inclina el vaso muy despacio sobre mí y permite que caiga un fino chorro de líquido, que aterriza sobre mis pechos y baja después por mi vientre. Un poco se acumula en mi ombligo y otro poco resbala por mi cintura hasta humedecer la sábana.

No está frío, pero de todas formas contengo un grito por la sorpresa del contacto, mirando a Damien a los ojos. Veo ardor y resolución, y contemplo, hipnotizada, cómo deja el vaso y se quita sin prisas la camisa, los pantalones y los calzoncillos.

Aunque no tengo tiempo suficiente para disfrutar de la vista, ya que me pide que cierre los ojos. Considero la posibilidad de protestar, pero como sé que solo conseguiré que me venda los ojos, no parece merecer la pena.

Y entonces siento su tacto.

La caricia de sus manos sobre mi piel, recorriendo mis costados, como si quisiera serenarme. Las yemas de sus dedos esbozan un dibujo sobre mi abdomen, círculos y espirales trazados con el whisky, refrescándome la piel

mientras el líquido me acaricia.

No toca ni mis pechos ni mi sexo, y aun así la sensación es tan arrolladoramente sensual que bien podría haberlo hecho. Percibo su tacto por todo mi cuerpo. Hace que me arda la piel entre los muslos. Hace que mis pezones se tensen hasta doler.

Me retuerzo contra las ligaduras, pues deseo más. Lo deseo todo. Deseo a Damien.

Y aun así no encuentro alivio para la creciente presión del deseo. Para esta tormenta que va en aumento dentro de mí, que está avivando de forma tan pausada y deliberada. Solo puedo cabalgar esta ola, perderme en el punzante y dulce tormento de su contacto.

—Damien, por favor —murmullo, pero él se limita a rozarme los labios con los suyos.

—¿Frustrada, señora Stark?

—Sabes que sí.

No dice nada, pero juro que percibo su sonrisa. Esto es lo que quiere, llevarme al límite, tenerme suspendida en él, para luego, cuando por fin me arroje al abismo, estar ahí para cogermme mientras regreso de nuevo tambaleándome a la tierra.

Aparta la mano de mi cuerpo y yo profiero un débil quejido.

—Podría estar aquí toda la noche, mirándote sin más. —Su voz, tan suave como las caricias que me ha prodigado, hace que me estremezca—. Viendo cómo cambia el color de tu piel cuando te excitas. Cómo se te erizan los pezones y los músculos de tu abdomen se contraen, anticipándose a mi contacto. Cada centímetro de tu cuerpo arde de necesidad por mí.

—Sí —susurro.

Muy despacio, su dedo desciende desde la oquedad de la base de mi cuello hasta mi ombligo. Arqueo la espalda, pues su contacto genera olas que me atraviesan, y cuando se detiene, tan cerca de donde ansío sentir su contacto y la explosión que sé que provocará, gimo presa de la frustración.

—Controlo un imperio y no negaré la excitación de tener esa clase de poder. Pero no es nada comparado con cómo me siento cuando reaccionas a mí. Cuando mis palabras te hacen sonreír, cuando mi contacto hace que te humedezcas. Y cuando estás así, atada y expuesta, tan llena de confianza y deseo, entregándote a mí por completo... Dios mío, Nikki —dice, con la voz un tanto temblorosa—. Te juro que eres tú quien tiene el poder, porque solo tú puedes quebrarme.

Abro la boca para hablar, pero no hay palabras. Y cuando la suya se cierra sobre la mía, me sumerjo en el beso con avidez, protestando con un gruñido cuando se aparta para iniciar un reguero de besos que desciende por mi cuerpo, siguiendo la estela de whisky con la boca.

La sensación es tan exquisita como el hombre, y me retuerzo contra él, deseando más, mucho más. Y Damien, gracias a Dios, me lo da.

Con agónica lentitud, desciende por mi pierna, prestando una atención especial a la suave piel de la corva. Tengo los músculos en tensión, buscándole, y sin embargo no puedo hacer nada para contener la tormenta de sus caricias.

Cuando alcanza mi tobillo y me desata la ligadura, tengo que reprimir una protesta. Quiero libertad de movimientos, sí, pero no puedo negar el placer de estar a merced de Damien.

Oigo su suave risa y me percato de que sabe con exactitud lo que estoy pensando.

—No te preocupes, cariño. Ni mucho menos he terminado contigo.

Me libera el otro tobillo, acomodándose en la cama de forma que queda entre mis piernas. Estoy totalmente expuesta a él, y aunque es mi marido, aunque me ha visto de esta forma tan íntima en infinidad de ocasiones, no puedo evitar sonrojarme.

—Precioso —murmura Damien mientras se coloca mis piernas sobre los hombros.

Intenta tirar de mí, pero estoy inmóvil debido a las ligaduras de los brazos, y por eso se arrima a mí y me lleva a la locura cuando me sopla con suavidad en el clítoris, haciendo que jadee y me retuerza, y que después grite cuando su boca se posa sobre mi sexo y su lengua hace arder mis sentidos.

Arqueo la espalda, porque es demasiado, pero él se niega a ceder. Me lame y me succiona, excitándome y degustándome con su diestra lengua, llevándome más y más arriba, hasta que estoy tan cerca que casi puedo saborear la dulzura de la explosión inminente, y lo deseo, trato de llegar, lo ansío.

Y entonces se detiene... y esa espiral de placer que ha estado precipitándose hacia mí crepita y se disuelve ante mis ojos en el oscuro abismo del placer perdido.

—Damien. —Su nombre es una maldición, una protesta, pero mis palabras ni le ofenden ni le conmueven.

—Pronto —responde con calma—. La expectativa, ¿recuerdas?

—Cabrón —le provocho, pero la palabra se me atasca en la garganta cuando empieza a bajarme de forma que mi trasero se apoya en sus muslos y la yema de su dedo roza mi sexo con ligereza.

—No te he follado así —declara—. Tú boca arriba, con las piernas levantadas, impotente. Yo de rodillas, sujetándote, envistiéndote con fuerza. Dime, cariño, ¿te gustaría?

No digo nada —su dedo está sembrando el caos en mis sentidos y anula mi capacidad de hablar—, pero la respuesta está en mi cuerpo y Damien lo sabe muy bien. Con una pequeña risita, se inclina hacia un lado y abre uno de los pequeños cajones que recorren el lateral de la cama.

Metes la mano y sacas una bolsa familiar. Tardo un segundo en reconocer el regalo que me hicieron mi mejor amiga, Jamie, y otras amigas en mi despedida de soltera.

—¡Damien! Ay, Dios mío.

—Una bolsa de juguetes sexuales me parecía el complemento ideal para nuestra luna de miel.

No hemos tenido ocasión de jugar con el contenido, y Damien echa un vistazo dentro y saca un vibrador sencillo y lubricante. Teniendo en cuenta lo mojada que estoy, el tubo no es necesario. A menos que...

—Damien...

—Chis. Acuérdate de que eres mía. Para poseerte. Para follarte. Para hacer contigo lo que quiera. ¿No es la razón de que me hayas recibido como lo has hecho, abierta de piernas y brazos, y atada para mi disfrute?

Me humedezco los labios. Este hombre tiene razón.

Está arrodillado sobre la cama con mis piernas abiertas a cada lado de su cuerpo. Entonces enciende el vibrador, que empieza a temblar en su mano. Lo agarra y acto seguido lo desliza muy despacio por la cara interna de mis muslos. Es una sensación increíble, aún más cuando lo dirige hacia mi sexo, acercándolo de forma provocativa pero sin acariciarme el clítoris.

El placer me domina, elevándome más y más mientras Damien me excita con el vibrador hasta que, sí, le suplico literalmente que me folle.

—De todas las formas —dice—. Hasta el final.

Yo asiento.

—Oh, Dios, sí.

—Sube las piernas —me pide, luego me alza las caderas y me acomete.

No he estado nunca en esta posición con él y, cuando me penetra, con sus ojos clavados en los míos, he de reconocer que me gusta. Estoy boca arriba,

con el trasero frotándose contra sus muslos; el contacto con mi clítoris cuando entra en mí me eleva todavía más con cada poderoso embate.

—¿Quieres más? —La voz de Damien es grave y sensual, y me envuelve como una caricia.

—Lo quiero todo.

Oigo el zumbido del vibrador, luego siento el frío gel en las yemas de sus dedos mientras me prepara el ano. Me muerdo el labio inferior de impaciencia, obligándome a relajarme cuando me introduce el vibrador. Exhalo un suspiro de placer por la sensación de estar colmada por completo por Damien y por este juguete, y también por el exquisito cosquilleo de las vibraciones que danzan en mi interior, que se hacen más fuertes cada vez que Damien me embiste.

—¡Santo Dios! —exclama, y el profundo gemido que tiñe su voz me avisa de que él también lo siente.

La sensación aumenta, volviéndose más salvaje y ardiendo con tal intensidad que no estoy segura de si se trata de placer o de dolor. Solo sé que me eleva. Que se apodera de mí. Y que este *jet* no es lo único que me hace volar. Es el hombre que está dentro de mí.

Me penetra cada vez con más fuerza y recibo cada embate, llevándolo más adentro de mí. Quiero perderme en él. Ya no sé dónde acabo yo y dónde empieza él. Solo conozco el placer. Solo conozco a Damien.

Damien, que hace que el mundo gire a mi alrededor.

Damien, que domina la tierra, la estrellas, el universo y a mí.

Damien, que me ha llevado al límite.

—¡Damien! —grito cuando todo lo que soy cambia, se inclina y estalla en una salvaje cacofonía de luz y sensaciones que me arrasan con tanta violencia y dicha que es un milagro que sobreviva.

Y, sin embargo, sobrevivo, y es Damien quien me trae de vuelta. Me acaricia con ternura. Son sus dulces besos los que me hacen volver. Es quien me abraza y me mantiene a salvo.

—Damien... —murmuro, cuando la ternura me invade y sucumbo a la cálida y lánguida atracción del agotamiento.

«Soy suya —pienso—. Soy amada.»

6

Cuando vuelvo en mí, Damien me limpia, me suelta los brazos y yo me estiro, disfrutando de la sensación de poder volver a usar todas mis extremidades. La cama es pequeña, pero me gusta. Me acurruco contra su espalda, con el rostro pegado a su hombro y las piernas entrelazadas con las suyas. Estoy flotando en alguna parte de ese estado entre la vigilia y el sueño y, como si tal cosa, me pregunto si de verdad es necesario que me vuelva a moverme. En estos momentos creo que podría quedarme así para siempre, surcando el cielo con el hombre al que amo.

—Gracias —susurro.

—¿Por qué? —Su voz es también queda y creo que, si cierro los ojos y me dejo llevar, lo encontraré a mi lado en ese mundo onírico.

—Por amarme. —Guarda silencio durante un momento, pero luego se da la vuelta para que estemos cara a cara—. He visto lo que hay en tu corazón —continúa—. ¿Cómo podría no amarte?

Dejo que sus palabras me envuelvan, tan cálidas y reconfortantes como una manta.

—Sabes que se te da muy bien.

—¿El qué?

—Hacer que me sienta tan especial con tus palabras como con tu cuerpo.

—¿Cuántas veces te lo he dicho, Nikki? Siempre te daré lo que necesitas. Me acerco y le beso la punta de la nariz.

—Gracias por esta luna de miel —le digo. Ignoro qué espero en respuesta. Una sonrisa, tal vez. O una broma. Hasta algunas palabras románticas. Y, sin embargo, veo una sombra en sus ojos—. ¿Damien?

Él menea la cabeza.

—Lo siento. Estaba pensando en nuestro hotel en París.

—¿Algún problema?

—Desde luego, espero que no.

Frunzo el ceño. Sigo confusa, pero me digo a mí misma que ha debido de haber algún problema que le ha estado preocupando. Aunque incluso eso parece extraño, ya que Damien es la clase de hombre que se limita a decirle a alguien que arregle algo y luego se olvida, sabiendo que su personal cumplirá sus órdenes. Pero claro, esta es nuestra luna de miel. Así que tal vez se esté

tomando un mayor interés por los detalles. Me arrimo más a él, pues la idea me complace.

—No te duermas todavía —me dice, aunque su voz suena tan perezosa como me siento yo.

—No sé si puedo decidir al respecto. Me has dejado muy relajada.

—Conozco la sensación, y aunque quiero que estés bien descansada cuando tomemos tierra, el caso es que Katie vendrá muy pronto con la cena. Y antes de que venga tengo un regalo para ti.

—¿En serio? —A pesar de que ya me siento deliciosamente mimada, estoy tan contenta como una cría al pensar en un regalo. Me incorporo en la cama —. ¿El qué?

Damien ríe entre dientes, claramente divertido por mi impaciencia. Se incorpora a su vez, y me acaricia el muslo desnudo con los dedos antes de levantarse e ir hasta la puerta. Hay un cuaderno de cuero en el suelo. Antes no estaba ahí, así que debe de haber entrado con él y yo estaba demasiado perdida en una burbuja sensual como para percatarme.

Dejo escapar un débil sonido de satisfacción cuando se agacha, desnudo, para cogerlo.

—Si mi regalo es esta vista, ya me gusta —digo.

—Descarada —replica, lo que me hace reír.

Vuelve para sentarse a mi lado y me coloca la libreta en las manos. Está encuadernada en cuero y se cierra con cremallera. En la parte delantera, grabadas en la piel, figuran las palabras «Para Nikki. Porque eres mi mundo, te doy el mundo».

Me da un vuelco el corazón y levanto la vista hacia él, con los ojos muy abiertos, como si con ello fuera a contener las lágrimas, que sé que son inevitables.

Damien me besa en los labios con suavidad.

—Ábrelo.

Abro el cuaderno, dejando al descubierto el mapa de Europa que me dio el día que me pidió que me casara con él. Ese día solo pusimos una pegatina en Múnich y en Londres. Ahora el mapa está plagado de pegatinas, como si le hubiera caído un puñado de confeti encima.

Ladeo la cabeza para mirarle, complacida pero no del todo segura de entender.

A juzgar por el brillo en sus ojos, creo que Damien advierte mi confusión. Acerca la mano y pasa la página, revelando un mapa de América del Norte y

América Central. América del Sur está en la página siguiente, luego África y Australia.

—Solo te di Europa, cuando hubiera querido darte el mundo.

—Me diste esto hace mucho tiempo —digo, sintiéndome tontorróna y romántica, abrigada y amada. Vuelvo a la página de América Central y pongo el dedo en el punto que cubre México—. La boda fue preciosa. Y la noche de bodas, excepcional —asevero. Damien me rodea los hombros con un brazo y me atrae hacia sí—. ¿Hay más pegatinas?

—Al final —contesta.

Voy al final y encuentro un pequeño bolsillo con una hoja de pegatinas redondas, de colores. Despego una y busco de nuevo la página de Europa. El continente está tan lleno de colores como un arcoíris y el único hueco de verdad está justo sobre París, la única ciudad importante que no visitamos durante nuestro tour. Había esperado que lo hiciéramos —a fin de cuentas, Damien me había llevado allí para que conociera al hombre que diseñó mi vestido de novia—, pero fuimos derechos del aeropuerto al estudio de Favreau y después pasamos la noche en un hotel cercano antes de regresar al estudio al día siguiente para probarme el traje que había ideado Favreau, que había trabajado toda la noche. En cuanto Favreau y él quedaron satisfechos, Damien me llevó de nuevo al *jet*.

Cuando le pregunté por qué nos íbamos a Italia con tantas prisas, él me respondió con vaguedades. Me planteé decirle que quería quedarme, que quería contemplar las vistas y empaparme del ambiente de la ciudad, célebre y vibrante. Pero vi algo en sus ojos y por eso guardé silencio, segura de que allá adonde me llevara, el mero hecho de estar con él sería suficiente.

Ahora pego con cuidado el punto sobre París.

Ladeo la cabeza para mirarle de nuevo y esbozo una amplia sonrisa.

—Estoy impaciente —confieso—. Siempre he querido explorar París.

Su sonrisa parece vacilar, y durante un fugaz instante creo ver sombras en sus ojos una vez más. Le cojo la mano.

—Si prefieres ir a otro lugar, me parece bien. No hemos ido a Japón y parece entusiasmarte —le sugiero, pero él frunce el ceño con lo que reconozco como perplejidad sincera—. Solo quería decir que... es nuestra luna de miel. Quiero que vayamos un lugar que nos guste a los dos... —Mi voz se va apagando, tan turbada ahora como parece estarlo Damien.

Pero su expresión se desvanece enseguida y rompe a reír, sin rastro ya de ninguna sombra.

—Cariño, me encanta París.

—Oh.

—Diría que siento que no lo visitáramos en nuestro último viaje, pero no es verdad —agrega, lo que me confunde todavía más. Él lo sabe. Y se está divirtiendo, el muy mamón.

Entrecierro los ojos y me cruzo de brazos, tratando de ponerme seria, aunque en el fondo no lo consigo.

—¿Te encanta? Entonces ¿por qué cuando estuvimos allí no fuimos a hacer turismo ni a restaurantes y tampoco dimos un paseo junto al Sena? Es decir, deambulamos por toda Europa. ¿No podíamos añadir un día o dos más después de la prueba de mi vestido?

—En primer lugar, yo no deambulo —responde, lo que hace que me ría a carcajadas—. Y en segundo lugar, quería reservarlo.

—¿Para qué?

—Para ti.

Ahora me siento del todo desconcertada. Con una sonrisa, Damien levanta mi mano y me besa las yemas de los dedos una a una.

—París es luz, amor y romanticismo —susurra—. Y tú también. Desde la primera vez que te toqué, supe que exploraría París contigo. Pero solo como mi esposa.

Sus palabras me atenazan, constriñéndome el pecho con la fuerza de la emoción compartida. Abro la boca para pronunciar su nombre, pero tengo un nudo en la garganta tan grande que ni siquiera esa simple palabra puede atravesarlo.

Una lágrima rueda despacio por mi mejilla. Pienso en todo lo que llena su mundo, de los estresantes asuntos de negocios del más alto nivel a los empleados que confían en él para ganarse la vida, y sin embargo no hay una sola vez que no me ponga a mí en primer lugar, que no haga que me sienta valorada y especial.

Damien me limpia las lágrimas de la cara con delicadeza.

—No es la reacción que esperaba —dice, con una sonrisa tan tierna como su voz.

—Tú me llenas el corazón, Damien. —Las palabras surgen en un susurro, pero seguidas por una risa burbujeante—. No te preocupes por las lágrimas. Simplemente estoy desbordada.

Me toma en sus brazos y le rodeo con fuerza, apretando la cara contra su pecho, con el ritmo regular de su corazón como un mensaje codificado que

me promete que nada podrá interponerse jamás entre nosotros.

No sé cuánto tiempo nos quedamos así —seguramente unos minutos, es posible que una eternidad—, pero solo nos movemos en respuesta a la llamada a la puerta y a la voz seria de Katie.

—Siento muchísimo interrumpir, pero hay una llamada vía satélite de la señorita Brooks —dice desde el pasillo. Se refiere a Sylvia, la asistente de Damien.

Damien exhala un suspiro cuando se pone en pie y se pasa las manos por el pelo.

—Creía que lo había dejado claro, Katie. A menos que sea una emergencia, no se me puede molestar.

—Lo sé, señor Stark. Pero la llamada no es para usted. Es para Nikki... quiero decir, la señora Stark. Y la señorita Brooks está convencida de que es urgente.

—Una demanda —digo, aturdida, por enésima vez. Me vuelvo hacia Damien, sin saber si estoy furiosa o asustada, o sencillamente patidifusa—. ¿Cómo coño puede estar pasando esto?

—Llegaremos al fondo del asunto —contesta Damien, y su voz es tan nítida que sé que está aún más cabreado que yo—. O es un error o alguien te está jodiendo.

Nos encontramos de nuevo en el compartimento principal, adonde he ido a atender la llamada vía satélite, y ahora cambio de posición en el sillón de dos plazas de piel para situarme de frente a él.

—¿Jodiéndome? —Profiero una carcajada sin alegría—. Diría que eso lo resume muy bien.

Cuando Sylvia me dijo que una empresa llamada WiseApps Development amenazaba con demandarme, mi mente no pudo asimilarlo. Pasé meses y meses desarrollando todas mis ingeniosas aplicaciones para teléfonos móviles y la idea de que hubiera robado el código de la más popular no solo era absurda, sino además ofensiva.

Tenía que tratarse de una broma. Mi mejor amiga, Jamie, que se portaba como una tonta. U Ollie, extendiendo sus alas de abogado para provocarme quebraderos de cabeza en mi luna de miel.

Salvo que es una gilipollez, porque ninguno de mis amigos haría semejante broma. Esto es real. Y es serio. Y la idea de verme envuelta en un litigio o de que me acusen de algo tan increíblemente atroz es más de lo que puedo asimilar. Me pierdo en la niebla de la irrealidad y, de no ser por la mano de Damien en la mía, temo que jamás encontraría el camino de vuelta a la realidad.

—Nikki. —Su tono es suave pero firme. Inspiro hondo, segura de que tengo los ojos vidriosos y la piel pálida—. Todo irá bien.

Quiero creerle, aunque no me cabe en la cabeza, de modo que me limito a mirarle, detestando al abogado que ha estado llamando a Sylvia, aterrada por la base de mentiras que debe existir para que WiseApps haya convencido a un abogado para que se implique.

—Nikki —repite Damien, y esta vez su voz es cortante. Me suelta la mano izquierda y luego pasa el brazo por delante para cogerme la derecha.

Yo bajo la mirada. No llevo más que un albornoz y se me ha abierto, dejando a la vista mis muslos junto con las marcadas cicatrices que los surcan, recordatorios de otra vida, en la que lo que me mantenía centrada era el dolor y una cuchilla.

Ahora me sorprende ver que he estado clavándome las uñas en el muslo, con tanta saña que he estado a punto de hacerme sangre. Intento relajar la mano para que Damien pueda apartármela, pero parece que me resulta imposible. Estoy desconectada y necesito el dolor para que sea mi sostén.

—No —dice Damien.

Aunque sé que se refiere a que me estoy haciendo daño a mí misma, oigo la palabra como si contradijera mis pensamientos. «No, no necesito el dolor.» Y tiene razón, creo. El dolor no es lo que me sostiene. Ya no.

Es Damien.

Me giro hacia él de repente. Con apremio.

—Dime que todo irá bien.

Tiene mi mano en la suya y veo el alivio en su cara. El reconocimiento de que he vuelto a él desde un lugar oscuro y solitario.

—Tú no has hecho nada malo —me dice—. Por supuesto que todo irá bien.

—Hace que me sienta sucia —confieso—. Y pase lo que pase, si esto sale a la luz, eso es lo que recordará la gente. Que hubo un escándalo y que estuve involucrada.

—Lo sé.

Agradezco que no me ofrezca clichés ni me diga lo ridículo que es sentir eso. Damien lo comprende, en parte porque él mismo lo ha vivido, pero también porque me entiende a mí. Sabe cómo pienso. Lo que siento.

Endezco los hombros. La verdad es que ya he sobrevivido antes al escándalo, a un escándalo muy jugoso, además. Puedo sortear esto también. Con Damien a mi lado, puedo sobrevivir a cualquier cosa.

Tomo aire para serenarme. Por espantoso que esto sea, al menos no estoy sola.

—¿A qué te referías con que podrían estar jodiéndome? —pregunto después de coger aire las veces necesarias para sentirme capaz de mantener una conversación razonablemente coherente.

—Solo quería decir que es interesante el momento elegido, ¿no? Acabas de casarte. Quieres disfrutar de tu luna de miel. Y tienes acceso a dinero más que suficiente para pagar sin problemas y conciliar una molesta demanda.

—Acceso —repito con una carcajada carente de humor—. Si por acceso te refieres a que puedo intimar con mi marido megamultimillonario y pedirle que pague al hijo de puta, entonces sí. Supongo que tengo acceso.

Damien sabe muy bien que no tengo intención de utilizar su dinero para ocuparme de mis asuntos. Pero eso no cambia el hecho de que su expresión se haya vuelto seria cuando asiente y me dice:

—Si me lo pides, sabes que te daré lo que necesites. Pero espero que no lo pidas.

No me ha sorprendido. Damien está tan poco dispuesto como yo a ceder a un chantaje.

Me pellizco el puente de la nariz cuando el agotamiento comienza a hacer mella en mí. El viaje, el estrés. Todo empieza a fatigarme.

—Puede que no sea más que un malentendido —alego.

—Desde luego, eso espero. Porque si resulta que alguien te está jodiendo... —Su voz es tan afilada como una espada.

—Damien. —Alzo la voz, alarmada.

Sé de lo que es capaz, de hasta dónde ha llegado en el pasado para protegerme de aquellos que querían hacerme daño. Y, pese a que me importa una mierda lo que le ocurra a alguien que pretende utilizar mi empresa y mi reputación para sacarme dinero, no quiero ver a Damien de nuevo arrojado al lodazal.

Me dispongo a decirle justo eso, pero él niega con la cabeza y me aprieta la mano un poco. Me mira a los ojos con fiereza.

—Yo mataré tus dragones, Nikki. Te mantendré a salvo.

—Lo sé —asevero. Lo que me callo es que eso me da miedo.

Me acerco nuestras manos unidas a los labios y le beso los nudillos con suavidad. Estoy pensando en mi pesadilla, en el mundo que trata separarnos a Damien y a mí, y me estremezco.

—¿Qué pasa?

Pero me limito a menear la cabeza y a esbozar una débil sonrisa.

—Es todo esto —aduzco—. Nunca me habían demandado. No me gusta nada. —Palabras sinceras y, sin embargo, no son una respuesta franca.

Él no hace ningún comentario sobre mi ofuscación, a pesar de que creo que lo sabe. ¿Cómo podría no hacerlo? Este hombre puede ver dentro de mi corazón.

Me observa durante un momento y después asiente. Encojo las piernas y apoyo la cabeza en su hombro, pues cuando cede el subidón de adrenalina, el

cansancio me vence de repente. Sé que estaría más cómoda en el camarote privado, pero me noto el cuerpo laxo y pesado, y dudo que pueda moverme. Damien me da un tierno beso en la sien.

—Todavía no hemos cenado.

—Dame de comer en Francia —murmuro, tan cansada que apenas soy capaz de articular las palabras.

—Eso está hecho. —Me rodea con el brazo y me acerca a él—. Ahora duerme.

Y eso hago.

8

Piel con piel.

*Un roce. Una caricia. El contacto liviano de unos labios contra mi oreja.
Y una voz, suave y firme.*

—Nikki, cariño, vamos a aterrizar en menos de una hora. Es hora de despertarse.

—Hummm. Tengo sueño —protesto.

—Comida —dice, pasando los dedos con delicadeza por mis labios—. Y ropa. Los parisinos son muy abiertos, pero creo que resultará más sencillo registrarnos en el hotel si llevas puesto algo más que un albornoz.

Sus palabras parecen flotar sobre mí. Sé que tiene razón y, no obstante, quiero quedarme aquí, en este acogedor lugar entre la vigilia y el mundo onírico. Ahí fuera hay cosas malas, cosas que dan miedo, y ahora mismo soy consciente de que existen solo vagamente y durante este breve espacio de tiempo he escapado de ellas. Estoy sana y salva aquí, durmiendo, solo con la voz de Damien para arroparme y la suave caricia de sus dedos para calmarme.

—Cinco minutos más. —Mis palabras son un débil murmullo, y me arrimo un poco más a él.

Pero el tierno roce de su mano impide que me suma en el sueño. Sus dedos se deslizan por mi cuello en una caricia suave que hace que me estremezca. Me baja el albornoz por un hombro, dejando mi piel a la vista. Me besa ahí, con pequeños roces con los que pretende provocarme con dulzura. Luego su mano desciende, moviéndose despacio por mi pecho, haciéndome jadear de placer, para acto seguido suspirar con pesar cuando su mano continúa bajando, habiendo excitado apenas mi pezón hasta que se ha endurecido.

—Damien. —No sé si es una protesta o puro gozo. Solo sé que se me ha aflojado el cinturón del albornoz y que ahora está abierto—. Damien —repito, pero esta vez es más que un susurro, porque su mano ha seguido descendiendo y ahora me está acariciando, me está tocando. Cierro los ojos y exhalo un suspiro mientras dejo que el poder del contacto de mi marido prenda pequeñas chispas por todo mi cuerpo.

Soy consciente de cada parte de mi ser, como si cada célula pidiera a gritos mayor contacto, y en respuesta a mis propios deseos me llevo las manos a los pechos, juego mis pezones y luego tiro con fuerza cuando la presión de Damien aumenta, mientras se forma la tormenta, acercándose más a liberar toda su furia dentro de mí.

—Dime que te gusta esto —exige.

—Sí —respondo mientras elevo las caderas, instándole a que no pare. A que me toque con más pasión, a que sea más rápido y vaya más lejos. A que tome y tome, hasta que me vuelva del revés—. Dios, sí.

—Estás cerca, cariño —dice, y en respuesta emito una especie de sonido estrangulado—. Cerca —repite, y aparta la mano con delicadeza. La repentina pérdida del placer me sorprende—. Pero no preparada.

Profiero un gruñido llevada por la frustración.

—Es obvio que no estás familiarizado con la definición de estar preparado.

—Entonces ilústreme —me sugiere—. ¿Para qué estás preparada?

—Para ti.

En sus labios se dibuja una amplia sonrisa satisfecha y maravillosamente sexy.

—Me gusta esa respuesta. Levántate.

Dudo solo un instante, porque ahora le entiendo.

—Sí, señor.

Me pongo de pie y me desplazo hasta el centro del compartimento para quedar justo delante de donde se sienta él, en el sillón de dos plazas, de espaldas a la pared del avión y a una hilera de ventanas desde las que se ve la negrura de la noche. Espero que no pillemos turbulencias, aunque no me preocupa en exceso. Hay cosas peores que tambalearme y caer en brazos de Damien.

—Quítate el albornoz.

Lleva unos pantalones cortos y holgados, y una vieja camiseta de Wimbledon. Tiene los brazos apoyados a lo largo del respaldo del sillón, lo que le da un aire desenfadado, y las piernas un poco separadas, de forma que puedo ver los prietos músculos de sus muslos. Ha estado haciendo más ejercicio y su siempre excepcional cuerpo está todavía más en forma.

Pero si bien su postura resulta desenfadada, su expresión no lo es en absoluto. Me observa con algo que solo puede describirse como deseo. Y a mí me encanta que me devore con la mirada.

—El albornoz —repite, sobresaltándose.

Todavía no he obedecido. Estaba demasiado embelesada contemplando a mi marido. Y ahora dudo por diferentes razones; mi atención se desvía a la parte delantera del avión y la puerta de la cocina, ahora cerrada. Una cosa es estar desnuda debajo de un albornoz que puedo cerrar y otra muy distinta es estar completamente desnuda.

—¿Hay algún problema, señora Stark? Creo que te he dicho que te deshagas del albornoz.

Me dispongo a hablar, pero me obligo a contener las palabras. Pienso en Katie. En la intimidad del camarote privado. Y en este compartimento abierto, separado de la zona de la tripulación por una única y delgada puerta.

Sin embargo, se trata de Damien. Tentará mis límites, lo sé. Pero no los traspasará.

Dejo que el albornoz caiga al suelo, sin apartar mis ojos de los suyos.

—Sí, señor —digo de nuevo. Veo el fuego de la pasión en su mirada, y a continuación siento que me arde la piel mientras me recorre desde los pies hasta la cabeza con ella, examinando cada centímetro y haciendo que me humedezca.

—Buena chica. —Su voz es ronca y puedo oír su necesidad. Bajo la vista y experimento una oleada de satisfacción al ver el inconfundible bulto de una erección tensándole los pantalones—. Y ahora dime lo que quieres.

Casi me caigo al suelo del alivio, pues lo que quiero es lo que siempre quiero. En lo que a Damien se refiere, soy insaciable.

Lo quiero dentro de mí. Lo quiero duro, salvaje y un poco desenfrenado. Quiero que dentro no haya espacio para nada más que para Damien. Ni para mi pesadilla ni para la demanda ni para ninguna de las realidades del mundo que han empezado a colarse de nuevo en mi mente ahora que me he espabilado.

«Damien —pienso—. Lo único que quiero es a Damien.»

Me dispongo a pronunciarlo en voz alta, pero me freno. Porque, por mucho que lo desee —y por Dios que lo deseo—, no es lo único que quiero.

No, lo quiero tan loco de deseo como yo. Quiero que sea presa de la desesperación. Quiero oírlo suplicar. Sé que me necesita —hace mucho que dejé de dudarlo—, pero quiero ver esa necesidad en sus ojos y quiero ver la satisfacción de su deseo cuando estalle dentro de mí.

Doy un paso hacia él.

—Dime —repite—. Dime qué quieres.

—Prefiero mostrártelo.

Me acerco a él mientras hablo, mirándole a los ojos en todo momento. Un paso, luego otro. Advierto el cambio en su expresión, el recelo tornándose placer.

Y entonces, cuando me arrodillo delante de él, veo entendimiento. Y, sobre todo, veo deseo.

Él se dispone a decir algo, y aunque no sé si tiene intención de protestar, no espero a averiguarlo. Le pongo un dedo en los labios y niego con la cabeza despacio.

—No. Me toca a mí. Ni una palabra.

Damien asiente de forma apenas perceptible, pero yo disfruto del poder. Es posible que sea la única persona del mundo ante la que Damien Stark ceda de forma voluntaria.

Me acerco y, con movimientos lentos y calculados, le desabrocho los pantalones y luego le bajo la cremallera. Introduzco la mano y le acaricio la polla por encima de los calzoncillos. Está duro como el acero, y cuando mis ojos van disparados hacia su cara, veo que tiene los dientes apretados y sé que está luchando por no perder el control.

Libero su miembro, increíblemente grueso. Damien emite algo parecido a un gruñido de urgencia, y se me encoge el estómago. Todo mi cuerpo palpita de deseo por él, pero todavía no. No hasta que lo saboree.

Lamo la punta y él me recompensa arqueando la espalda y enroscando una mano en mi cabello con suavidad. Me inunda el poder femenino, así que levanto la mirada para contemplar los músculos de su pecho, que le tensan la camisa. Parece un hombre al borde del precipicio, excitado, preso de la pasión y preparado. Y yo soy la mujer que lo ha llevado a ese estado. Que le llevará aún más lejos.

Lo lamo, tomando sus testículos en mis manos y siguiendo la vena que recorre su miembro hasta el glande. Damien se estremece bajo mi contacto, y yo jadeo cuando abro la boca y lo acojo dentro, succionando y lamiéndolo mientras intento metérmelo entero, pues anhelo la sensación de que siga así, entregado a mis caprichos y al placer que le estoy dando. Más que eso, me estoy arrastrando a la locura a mí misma porque, por mucho que desee llevarlo a él, lo cierto es que ansío sentirlo en mi interior. Y cuanto más lo imagino dentro, más sé que he de tenerlo. Santo Dios, he de tenerlo ya.

—Ponte a horcajadas sobre mí. —Sus palabras son apenas un susurro, pero caen sobre mí como la respuesta a una plegaria. Echó la cabeza hacia atrás y descubro que me está mirando con tanta intensidad que parece arder—.

Necesito estar dentro de ti.

—Lo sé —digo al tiempo que me levanto—. Yo también lo necesito.

Me agarro a sus hombros y apoyo las rodillas en el asiento del sillón, a cada lado de su cuerpo. Sin dejar de mirarle, me coloco en posición, jugueteando con la punta de su polla y luego —Oh, Dios, sí— me empalo en él. Más y más profundamente, hasta que siento que se perderá dentro de mí y yo dentro de él.

—Joder, Nikki, me encanta sentirte. —Ahueca las manos en torno a mis pechos mientras yo arqueo la espalda y nos mecemos juntos, en unos momentos de indolencia y sensualidad que nos colman de un placer tan embriagador como un cóctel.

—Nunca me sacio de ti —declara—. Te conozco a fondo y, aun así, nunca dejo de descubrirte. —Cierro los ojos, rindiéndome a la maravilla de su tacto y al poder de sus palabras—. Jamás llegará el día en que no te vea y me pierda por completo en ti. Eres un misterio, Nikki, y eres la verdad. Mírame —pide, y aprecio el cambio en su voz. Abro los ojos y veo la intensidad que refleja su rostro—. Ahora estamos juntos. —Su tono es firme y cargado de significado—. Ninguno de los dos está solo. Somos uno. Y no importa a qué tengas que enfrentarte, yo lo haré contigo. No importa cuántas batallas tengas que luchar, yo las lucharé contigo. Haré que superemos esto.

Se me forma un nudo en la garganta al pensar en lo mucho que deseaba seguir dormida, escondiéndome de cualquier nuevo horror que me aguardase en el mundo. Escondiéndome también de Damien, a pesar de que me sentía protegida al amparo de sus brazos. No debería haber sido tan tonta. Debería haber sabido que él vería a través de mí... y que no dejaría que me escondiera.

—¿Lo entiendes? —pregunta.

—Sí.

—¿Te molesta?

Pienso en ello y niego con la cabeza.

—No —respondo con total sinceridad—. Hace que me sienta segura. No te oculto ningún otro secreto.

No sé a ciencia cierta si Damien puede decir lo mismo. Y sí, hubo un tiempo en que eso me habría molestado, pero ya no. Me pasaré gustosa el resto de la vida retirando las capas de este hombre.

Él me mira a la cara durante un instante más, como si tratara de convencerse de que estoy siendo sincera. Y después asiente.

—Voy a hacer que mis abogados se ocupen de esa gilipollez.

—Damien...

—No. Es tu demanda, eso lo entiendo. Pero no dispones de un abogado experto en litigios y yo tengo todo un equipo. No te estoy mimando, sino ayudándote. —Me toma la barbilla—. ¿Vale?

Bajo la mirada a donde nuestros cuerpos se unen y luego le miro enarcando una ceja.

—Eliges los momentos más raros para tener estas conversaciones.

—Es la marca de un buen empresario. —Se le curva la comisura de la boca—. Encontrar la debilidad de tu rival y aprovecharla —añade, y yo pongo los ojos en blanco—. ¿Vale? —pregunta de nuevo. Y como no soy tonta, asiento.

Lo cierto es que antes simplemente quería esconderme. Hacer que todo desapareciera. Pero Damien me ha recordado que no estoy sola. Más que eso, me ha recordado que soy más fuerte de lo que pienso.

Mejor aún, que soy más fuerte con él.

Quiero explicarle todo eso y, sin embargo, le digo:

—Te quiero.

Tira de mí para atraparme en un beso, oportunidad que yo aprovecho para contonearme sobre su regazo.

—¿Qué has dicho de que íbamos a tomar tierra pronto? A lo mejor debería quedarme así hasta el aterrizaje. Podría ser interesante.

—A lo mejor deberías —dijo, y durante un momento creo que habla en serio. Y entonces me pellizca el culo—. Pero claro, seguramente eso viole algunas normas del reglamento de la Administración Federal de Aviación. Mejor no tentar a la suerte. Además, creo que Katie nos ha mantenido la cena caliente.

De nuevo me recuerda que está justo al otro lado de la puerta y podría entrar en cualquier momento.

Damien levanta la vista, leyéndome la mente una vez más, y me recuerda en silencio el botón de privacidad. Se ha asegurado de que Katie no entre. Pero al mismo tiempo mis mejillas se sonrojan con la certeza de que ella sabe lo que está pasando aquí dentro.

—A fin de cuentas, somos recién casados —aduce Damien—. Y, para ser francos, no creo que haya acabado de abrir el apetito.

—Oh, ¿en serio? —Me alzo un poco y luego desciendo, despacio al principio y aumentando la velocidad de forma gradual después—. ¿Y de qué tiene hambre, señor Stark?

—Es curioso que lo preguntes. —Me aferra las caderas y me guía, aumentando el ritmo y empalándose más adentro y con más fuerza en mi interior—. Lo único que me interesa ahora mismo eres tú.

—Bien.

Pongo las manos sobre sus hombros, dejando que aumenten la cadencia y la pasión. Nuestros ojos se encuentran y ninguno aparta la mirada; ambos nos hallamos demasiado absortos en la tormenta que estamos desencadenando el uno en el otro.

—Vamos —dice, como si sintiera lo que yo siento. Como si viera en mi interior esa sensación electrizante que se propaga por la cara interna de mis muslos y que precede al clímax.

Pero yo también veo dentro de él. Más aún, lo noto en la manera en que se endurece su polla, en que acelera el ritmo de sus embates. Mi cuerpo reacciona de modo acorde, ciñéndolo con fuerza. Dando tanto como recibo y moviéndome más deprisa en una danza sensual que nos lleva a una frenética explosión de luz y de pasión.

—Damien. —Su nombre surge en forma de grito, de súplica, y cuando me aferro a él, con el cuerpo estremecido por el torbellino que me está arrasando, oigo también mi nombre mientras la liberación de Damien me llena.

A continuación se hace el silencio cuando su boca se apodera de la mía y me besa de manera febril, hasta que nos separamos, saciados y resollando.

—Bueno, creo que tengo un hambre de lobos —digo cuando deja de temblarme el cuerpo.

—Qué curioso, yo sigo hambriento de ti —contesta—. Pero supongo que es importante alimentarse. —Me levanta con cuidado y luego echa mano de mi albornoz para limpiarnos a ambos. Yo enarco las cejas y él se ríe—. No tienes que volver a ponértelo. Luego lo echaré al cesto de la ropa sucia. Y me gusta la idea de verte caminar desnuda hasta el camarote privado.

Suelto lo que espero que parezca un bufido de desaprobación, pero que en realidad es una risa. Y solo para ponerlo en evidencia, me dirijo hacia el fondo, contoneando las caderas más de lo normal.

Me detengo al llegar al camarote y vuelvo la vista. Él me está observando, con una expresión llena de amor y de anhelo, de pasión y de deseo.

Inspiro hondo, sintiéndome centrada y en calma. Sí, hay una demanda y, sí, es una mierda. Pero no es más que un problema pasajero. Un capítulo en el libro de mi vida. Joder, una nota al pie.

Damien es la historia completa. Y nuestra vida juntos es épica.

9

Resulta que no nos limitamos a tomar una limusina hasta el hotel. Primero nos montamos en un helicóptero que nos lleva del aeropuerto a un helipuerto del centro de la ciudad. He hecho muchísimas cosas con Damien, pero hasta ahora no habíamos volado en helicóptero. Y sí, estoy un poco aturdida.

Me arrimo a la ventanilla, con una mano en el cristal y con la otra cogida a la de Damien, y observo al piloto mientras hace descender el aparato con suavidad. Al cabo de unos momentos, el personal ha descargado nuestro equipaje y nos escolta hasta una limusina que nos está esperando. De líneas elegantes, no cabe duda de que es uno de los beneficios de viajar con Damien.

El interior de la limusina está helado, pero apenas lo noto. Estoy demasiado ocupada viendo la ciudad pasar al otro lado de la ventanilla. El Arco del Triunfo, la impresionante arquitectura y una imagen fugaz de la torre Eiffel. Me siento como una cría con la nariz pegada a la ventanilla, no como una mujer que acaba de regresar de un viaje muy similar.

El trayecto termina demasiado pronto. La limusina se detiene delante de lo que parece una residencia particular, aunque los uniformes de los dos hombres de pie junto a la puerta evidencian que se trata de un hotel.

Los dos porteros, vestidos de librea, se apresuran a coger nuestro equipaje, luego desaparecen mientras Damien y yo entramos más despacio en el hotel. Un hombre distinguido con un pequeño bigote se apresura a recibirnos. Me entero de que es el gerente del hotel Margaritte y que el exclusivo establecimiento, ubicado en la Rue du Faubourg Saint-Honoré, cuenta con apenas veinte habitaciones y tiempo atrás, en el siglo XVIII, fue una residencia particular.

Damien y yo nos hospedaremos en el ático.

El gerente nos acompaña hasta allí, guiándonos a través del vestíbulo, que aún está amueblado como lo habría estado hace siglos, con tapices y recubrimientos de oro, cristal y elegancia. Camino sin dejar de mover la cabeza a un lado y al otro, tratando de contemplarlo todo.

Pero el asombro que me provoca el vestíbulo palidece cuando llegamos a la buhardilla. Es, en una palabra, increíble. Ocupa toda la planta superior y constituye el epítome del lujo; no se ha pasado por alto ni un solo detalle en

el precioso mobiliario, los espejos antiguos, la cocina moderna bien oculta tras unas puertas de época decorativas.

Sin embargo, la verdadera sensación es la enorme ventana voladiza que se arquea hacia un tragaluz, confirmando al salón la ilusión de estar en el exterior. Y, como si quisiera recordarnos que nos encontramos en París, tenemos una impresionante vista de la torre Eiffel.

—Esta habitación era el invernadero en otra época —explica el gerente—. Mademoiselle Margaritte, que da nombre al hotel, lo tenía lleno de flores.

—Es precioso —digo, realmente encantada.

Termina de hacernos un recorrido y luego nos deja. Únicamente entonces caigo en la cuenta de que no nos hemos parado en el mostrador de recepción. Esa vulgar forma de registrarse es, en apariencia, uno de esos molestos trámites que solo tienen que cumplir aquellos que no tienen medios para poseer pequeños países.

—¿Este lugar es tuyo? —le pregunto a Damien una vez que estamos a solas.

—No es mío. ¿Por qué? ¿Crees que debería? —Se palpa los bolsillos—. Deja que eche un vistazo a mi cartera. A lo mejor llevo suficiente dinero...

—Oh, claro —respondo—. Puedes reírte. Pero te he visto comprar cosas asombrosas por impulso.

Cuando estuvimos en Italia, se enteró de que iban a subastar un Miguel Ángel auténtico. Contactó con el vendedor, ofreció una especie de trato imposible de rechazar y luego lo donó a un museo de Los Ángeles con la condición de que pudiera llevárselo dos meses al año para recorrer sus propiedades, vigilado de cerca en los vestíbulos de sus oficinas de todo el mundo para dar la posibilidad al público de ver una obra de arte.

—Es cierto —reconoce—. Pero raras veces compro una propiedad por impulso.

—Siempre hay una primera vez —repongo con ligereza—. Pero, en serio, ¿por qué no nos hospedamos en uno de tus hoteles? Tienes uno no muy lejos de aquí. O al menos pertenece a Stark Properties, una filial cien por cien de Stark International.

Por un momento parece confuso, aunque luego sonrío.

—Has estado leyendo mi revista corporativa.

—Quizá —admito, porque había unos ejemplares en el avión—. Aun así sería una buena conjetura. Porque, con sinceridad, ¿dónde no posees alguna propiedad?

—En Groenlandia. En estos momentos no poseo ninguna propiedad en Groenlandia.

—Ja, ja. —Me giro para inspeccionar la suite un poco más, contemplando el lujoso mobiliario, los amplios espacios abiertos, hasta el piano de cola que no sé tocar en absoluto—. Tengo que reconocer que este lugar es magnífico, pero ¿por qué no quedarnos en uno de los tuyos?

—Porque este es nuestro momento —declara—. Nadie nos conoce personalmente. Nadie llamará a la puerta si hay una crisis. No es posible ser del todo anónimos contigo, pero al menos me gustaría intentar ser invisible. —Me toma de la mano y tira de mí.

Me apoyo en él, cerrando los ojos cuando sus manos se tensan alrededor de mi cintura. Nos quedamos así un momento, meciéndonos un poco, con mi cabeza bajo la barbilla de Damien.

—¿Estás cansada? —pregunta.

—Hummm. Depende de por qué lo preguntes.

Su grave risita reverbera en mi cuerpo.

—Esa es sin duda una buena razón para permanecer en vela. Pero confieso que estaba pensando en algo un poco más público.

Me vuelvo en sus brazos.

—¿Qué hay de ser invisible?

—Seguro que podemos pasar desapercibidos —dice—. A lo mejor hasta te compro un sombrero que vaya con tu vestido.

—*Un chapeau* —le corrijo—, eso me gustaría.

El atuendo que he elegido en el avión es un vestido camisero de estilo vintage, con botones de arriba abajo y un cinturón que crea una falda hasta medio muslo. Me siento como Audrey Hepburn, y un sombrero sería la guinda.

—Es a ti a quien van a reconocer —señalo—. Yo solo me he convertido en una celebridad por defecto.

Sin embargo, Damien lleva siendo el foco de atención desde que era un crío y ha jugado tanto al tenis y ha hecho tantos anuncios en Europa que dudo que esté exagerando las probabilidades de que reparen en él. Sobre todo si se tiene en cuenta la amplia cobertura que tuvo su reciente juicio.

—Tengo un disfraz. —Sonríe mientras lo dice y luego va hasta la mochila que hace las veces de maletín cuando viaja.

Yo observo, divertida, mientras saca una gorra blanca con una bandera francesa pintada delante.

Me echo a reír y meneo la cabeza. Sigue siendo Damien, de eso no cabe la menor duda, y creo que está muy sexy. Pero en conjunto no es mal disfraz. Raras veces se pone gorra, y si a eso le suma unas gafas de sol, y si ambos llevamos mochila, pareceremos dos turistas cualesquiera explorando la ciudad.

—Bueno, ¿parezco un tipo normal y corriente?

—Tú nunca serás normal y corriente —respondo—. Pero casi.

El hotel está ubicado cerca de docenas de tiendas de lujo, pero apenas son las ocho de mañana pasadas, de modo que todavía no hay casi nada abierto. Damien me promete un día de compras más tarde y a mí me parece bien. Tal vez dude si utilizar el dinero de mi marido para financiar mis negocios, pero no soy tan orgullosa como para rechazar la ropa de diseño.

No obstante, ahora mismo nos ceñimos sobre todo a las callejuelas laterales, disfrutando del ambiente local. Vamos cogidos de la mano, y aunque siento que estamos deambulando sin rumbo, Damien me asegura que sabe adónde vamos.

—Bueno, ¿qué planes tienes? —pregunto—. A fin de cuentas, esto es París. Hay un millón de cosas que hacer.

—¿Qué tienes en tu lista? —inquire, mientras un increíble olor a pan recién hecho nos lleva de la calle a una cafetería diminuta con una terraza muy coqueta.

Empiezo a enumerar todo lo que se me ocurre, desde el Louvre hasta las catacumbas, pasando por el Sena y la torre Eiffel.

—Y Versalles —agrego cuando tomamos asiento en una de las mesas—. Y Montmartre. Y la orilla izquierda y el metro y... Oh, mierda, qué sé yo. ¿Qué tal suena todo?

Él sonrío con indulgencia.

—Me parece razonable.

Cuando llega la camarera, pide dos *cafés crème* y dos *pains au chocolat*. Estoy impresionada, aunque no sorprendida, cuando pide en lo que supongo es un francés impecable. «Stark International», pienso y sonrío. ¿Por qué no habría de hablar francés?

—No lo domino —reconoce mientras nos bebemos el café y observamos a la gente pasar por la encantadora calle—. Pero voy tirando.

Cuando nos terminamos el café y la napolitana, recorremos pequeñas calles y callejones hasta que cruzamos una avenida más ancha y concurrida, y seguimos después un sendero medio escondido hasta un precioso jardín.

—Es como un oasis —digo.

He cogido mi cámara antes de salir del hotel y hago que Damien se pare mientras saco algunas fotos. Da la impresión de que hayamos entrado en un mundo de fantasía y quiero capturar la mágica aura.

—Es uno de mis atajos preferidos —me cuenta Damien mientras me conduce por un sendero bordeado de árboles—. Y lo es justo por esa razón. Es una evasión. Un respiro de la multitud y del ruido.

—Bueno, ¿y dónde estamos?

—Se llama jardín de la Nouvelle France. Me parece que lo crearon anticipándose a la Exposición Universal de 1900, pero no me hagas mucho caso. Vengo por su aspecto, no por su historia.

Por interesante que pueda ser la historia, he de darle la razón, y mientras seguimos el sendero, con algunos desvíos en pos de aventuras, no puedo negar la felicidad que siento por el mero hecho de estar en este espacio fresco y verde. Tengo la cámara lista, disfruto del juego de luces y sombras, y hago tantas fotografías que estoy convencida de que tendré que comprar nuevas tarjetas de memoria antes de que termine el viaje.

Vamos aún más lejos y encontramos un puentecito precioso, además de una cascada de verdad.

—Mira. —Damien me coge de la mano en un momento dado, cuando estoy segura de que nos hemos perdido—. Te voy a enseñar mi lugar preferido para sentarme.

Me conduce a un pequeño estanque a la sombra de un haya llorona. Hay un pequeño banco de piedra y nos sentamos un rato en él, mientras me rodea la cintura con el brazo y yo apoyo la cabeza en su hombro.

—Gracias.

—¿Por qué? —pregunta.

—Has dicho que ibas a darme el mundo. Gracias por darme también estos tesoros escondidos.

Cuando por fin nos levantamos para proseguir nuestro camino, me sorprende al darme cuenta de que son más de las diez y media.

—Tranquila y relajada —dice Damien, cuando le comento la hora que es—. Así debe ser una luna de miel.

Le cojo de la mano y le doy un apretón. Porque en realidad no puedo discútrselo.

Salimos del parque hacia Cours la Reine y seguimos la calle durante un rato antes de cruzar a la avenida Winston Churchill. Esa carretera lleva hasta

el Sena y gira hacia el puente de Alejandro III.

—¿Vamos a cruzarlo?

Damien niega con la cabeza.

—Podemos bajar las escaleras y pasear un poco por la orilla o quedarnos al nivel de la calle y contemplar algunas de las vistas. Pasaremos por el Louvre dentro de unas manzanas.

—¿Podemos entrar?

—Podemos —dice, y luego me besa en la frente—. Está en la agenda de hoy. Pero antes hay otro lugar al que quiero llevarte. ¿Te parece bien caminar? Podemos coger un taxi.

—Estoy genial —respondo, y hablo en serio. No hay nada que más me guste que pasear por una ciudad nueva, aparte de pasear por una ciudad nueva con Damien.

Nos quedamos al nivel de la calle hasta que pasamos por la plaza de la Concordia y exclamo con admiración al ver el Obelisco y tomo una docena de fotos. Luego bajamos las escaleras y paseamos por la orilla del Sena hasta que llegamos al puente de las Artes. Subimos las escaleras, empezamos a cruzar el puente y entonces me detengo, confusa por el extraño aspecto de la barandilla del puente.

—¿Qué es... candados? —Me he hecho a un lado y Damien está junto a mí cuando me doy cuenta de que el extraño batiburrillo metálico que veo es en realidad una colección de candados sujetos a los barandales del puente, como si fueran percebes. Levanto la cabeza para mirar a Damien—. ¿Qué demonios es esto?

—Es el puente de los amantes —dice—. ¿No has oído hablar de él?

Yo niego con la cabeza mientras miro hacia el otro lado del puente, incapaz de imaginar cuántos amantes han venido aquí a jurar su devoción.

—Vienen y escriben sus nombres en un candado. Luego lo sujetan al puente y arrojan la llave al Sena.

—¿Para que les dé suerte? —pregunto, y él asiente—. ¿Por eso me has traído aquí?

—Así es —responde, y esas dos palabras me alegran el corazón—. Pero quiero cambiarlo un poco.

Frunzo levemente el ceño, confusa, pero asiento.

—No hace mucho, cayó parte del puente... Se derrumbó por el peso de los candados.

Pongo los ojos como platos.

—El amor es una pesada carga —bromeo, y enseguida vuelvo a poner ceño—. ¿Resultó alguien herido?

—No, pero aun así... Creo que podríamos empezar nuestra propia tradición. Cargar con nuestro propio peso, podría decirse.

Ladeo la cabeza, sonriendo mientras espero a que se explique.

Damien se saca una pequeña caja del bolsillo y al abrirla revela un amuleto de plata con la forma de un candado. Lo cojo y veo que lleva nuestros nombres grabados.

—Y también tiene una llave —añade, retirando el terciopelo para descubrir la diminuta pieza—. Es para ti, de mi parte. Y después de que te lo ponga en la pulsera, creo que podríamos arrojar la llave al río.

La dicha anega mi corazón y se me forma un nudo en la garganta a causa de las lágrimas. Asiento como una boba, porque no soy capaz de articular palabra. Es un gesto muy romántico y dulce, y levanto la muñeca hacia él; la pequeña torre Eiffel pende de ella mientras engancha el candado a su lado.

—Te quiero —le digo cuando me pone la llave en la mano.

—Y yo te quiero a ti. —Toma mi mano en la suya—. ¿A la de tres? —pregunta, y empezamos a mecer nuestras manos unidas. Una vez. Dos veces. Y a la tercera soltamos y la diminuta llave sale volando.

—Para siempre —dice Damien.

—Para siempre —convengo.

El resto de la tarde resulta igual de tranquila, igual de romántica.

Paseamos por la orilla del Sena, ojeando las mercancías de los vendedores callejeros, tomando tontas fotos el uno del otro, y yendo de la mano. En una o dos ocasiones, veo que nos miran —algunas personas incluso sacan fotos—, pero me digo que no es nada. Que si son menos de doce las personas que nos reconocen, estamos teniendo un buen día.

Pasamos dos horas en el Louvre y contemplo anonadada la majestuosidad de algunos de los cuadros y luego doy un grito ahogado de sorpresa al ver lo diminuta que es la *Mona Lisa*, pues no es ni mucho menos tan grande como esperaba dada la magnitud de su reputación.

Después compramos queso y vino, y hacemos un picnic por la tarde en el jardín de las Tullerías, donde nos limitamos a disfrutar del clima, del entorno y el uno del otro.

Cuando se acerca la noche, Damien me lleva de nuevo hacia el Sena y hacemos un crucero. Bebemos champán y vemos encenderse las luces de la ciudad. La torre Eiffel se ilumina y reluce a la hora en punto, brindamos por

el amor, la risa y el romanticismo.

Nos dirigimos de nuevo al muelle cuando Damien recibe un mensaje de texto, y puesto que ha ordenado silencio estricto salvo en caso de emergencia, mira la pantalla. Le observo, dividiendo mi atención entre mi marido y el paisaje parisino.

Un músculo se crispa en su mejilla, de modo que sé que no son buenas noticias, y teclea una respuesta rápida, prácticamente atacando la pantalla con los dedos. Pero cuando se gira de nuevo hacia mí, la frustración ha desaparecido y es otra vez Damien, un hombre que comparte champán con su mujer en su luna de miel.

—¿Cómo lo haces? —le pregunto—. Debes de tener un millón de cosas en marcha y un trillón de fuegos que apagar y, sin embargo, eres capaz de bloquearlo todo. De apagarlo todo. —Ojalá yo pudiera hacer lo mismo. Porque, si bien he disfrutado de cada momento de este día, lo cierto es que la amenaza de la maldita demanda ha estado presente en un segundo plano, aferrándose a mi disfrute como el alquitrán.

—No lo sé —responde, acariciándome la mejilla—. Simplemente lo relego a un lado. Solo lo aparco.

—Yo ni siquiera sé hacer eso. —Me aprieto contra él, suspirando cuando me rodea con sus brazos. Huele a aire fresco y a hierba, y su cuerpo está duro y caliente contra el mío—. Haz que desaparezca —murmuro mientras siento la necesidad que surge en mi interior—. Solo durante un rato, haz que lo olvide todo menos a ti.

Me inclino hacia atrás lo necesario para levantar la cabeza a fin de mirarle. Sus ojos son como hierro fundido y me estremezco con solo pensar en su tacto.

—Quiero llevarte a un sitio. —Aprecio la tensión en su voz, como si combatiera las ganas de tocarme. El barco ha llegado a puerto, y Damien me lleva a tierra firme, luego se detiene para estudiarme—. No estaba seguro, pero, Nikki..., sí. Vamos.

No sé qué tiene en mente, pero lo acompaño de buen grado. Con impaciencia, de hecho.

Ya en la calle, paramos un taxi y Damien le indica al taxista que nos lleve a À la Lune, en el Quartier Pigalle. Me percató de la forma en que el taxista mira hacia atrás, con una expresión casi lasciva, y enarco las cejas. Damien se limita a encogerse de hombros.

—Piensa en el barrio rojo.

—Ah —exclamo, y luego me recuesto en el mullido asiento. No tengo ni idea de qué tiene Damien planeado, pero estoy segura de que voy a disfrutarlo.

El trayecto no es largo, por lo que pronto estamos en el barrio, que se asemeja un poco a la calle Bourbon y un poco a Times Square. En una esquina veo una puerta roja y el pequeño letrero de neón de À la Lune. El taxista nos deja sin mediar palabra, pero cuando Damien le paga, sus ojos se demoran en nuestras caras más tiempo del que me gustaría. Me digo a mí misma que no es nada. Si nos hubiera reconocido, si le importara, habría sacado el móvil y habría hecho una foto. Sin embargo, se marcha.

Damien me coge de la mano y me lleva hacia la puerta roja, pero se detiene a unos pasos, en el tramo de la acera sumido en las sombras.

—Hablabas en serio antes, cuando he dicho que París es la ciudad del romanticismo y que quería compartir eso contigo en nuestra luna de miel. Pero también tiene un lado libertino. Un tanto salvaje. Un tanto decadente.

—¿Y eso es bueno? —bromeo, acercándome a él, tanto que noto su erección.

Él ahueca las manos sobre mi trasero y me estrecha contra su cuerpo.

—Lo es —responde, con más seriedad de la que preveía—. ¿Recuerdas lo que dijiste el otro día en Malibú? Estábamos desayunando.

Esbozo una sonrisa, segura de saber por dónde va.

—Dije que me sentía muy casera. Que eso me gustaba. —Me arrimo un poco más, luego meneo la pelvis contra la suya—. ¿Qué ocurre? ¿Ya te sientes maniatado por el matrimonio?

—Lo de maniatado no sería un problema, aunque preferiría que fueras tú y no yo. Y no. Pero no quiero que un día nos... acomodemos.

Retrocede mientras habla, de modo que puede recorrer mi vestido con un dedo. Luego me sube la falda, profiriendo un grave gemido cuando descubre que no llevo ropa interior.

—Yo tampoco quiero que nos acomodemos —replico con voz ronca.

—Santo Dios, te quiero.

Me aprieta la cintura con la mano y yo arqueo la espalda, dejando que me explore, dejando que su tacto me excite. Y sé que estamos en la calle, pero es de noche y este es Damien, y me importa un pepino. Deseo esto. Le deseo a él. Y deseo que la pasión arda entre nosotros hasta el punto de que arrase todo lo demás.

—Adentro. —Su tono es áspero—. Te juro que si no te llevo dentro

inmediatamente, te voy a follar aquí mismo, contra la pared.

Me siento tentada de comprobar si lo dice en serio, pero me percató de que hay gente cruzando la calle. No creo que nos hayan visto, aunque no tiene sentido tentar a la suerte.

—De acuerdo —convengo—. Veamos lo decadente que puede ser París.

Resulta que puede ser muy decadente. El club atiende a parejas que pueden elegir compartir compañeros o no. Nosotros estamos de forma tajante en el lado del no, hecho que Damien deja muy claro a la pareja que entra en el club al mismo tiempo que nosotros.

La anfitriona nos saluda en francés y cambia con fluidez al inglés. Nos explica que va a llevarnos a los vestuarios, donde dejaremos nuestra ropa y nuestras pertenencias en taquillas. Insiste mucho en que mi cámara debe permanecer bien guardada y a mí me parece bien. Tengo tantas ganas de hacer fotos como de que me las hagan a mí.

El club proporciona batas, pareos y toallas. Podemos elegir qué ponernos o no ponernos nada. Continúa explicándonos las reglas, que básicamente son inexistentes. Todo vale. En todas partes. Salvo en el jacuzzi, donde el coito en sí no está permitido, lo cual indica que sí lo está en todos los demás sitios.

—¿Hay habitaciones privadas? —pregunto.

—Las hay. Pero no tienen que preocuparse por su intimidad hagan lo que hagan, sin importar dónde lo hagan. —La anfitriona me regala una sonrisa deslumbrante y luego le hace un gesto de asentimiento a Damien—. Nuestros miembros entienden la discreción. —Por primera vez me doy cuenta de que sabe quiénes somos. Y de que Damien ha estado aquí antes.

Le miro de reojo, pero él se limita a encogerse de hombros. Si quiero respuestas, voy a tener que esperar, porque ya nos hemos puesto en marcha y estamos siguiendo a nuestra anfitriona hasta el vestuario; las mujeres a la izquierda de la lujosa zona de asientos; los hombres, a la derecha.

La anfitriona sonrío, asiente y acto seguido se marcha.

—Me preguntaba cómo has encontrado este sitio —digo—. Pero imagino que un miembro sabría dónde está.

—Miembro renovado —replica, en absoluto preocupado por el verde fuego de los celos que se ha filtrado en mi voz—. Han pasado años desde que estuve aquí, pero llamé ayer y volví a hacerme miembro.

—Ah. —Me digo que no voy a preguntar, pero luego hago caso omiso de mi buen consejo—. ¿Con quién viniste?

—Con Carmela —responde, refiriéndose a la zorra supermodelo italiana con la que salió hace años.

—Oh. —Se me forma un nudo en la garganta—. Y en cuanto a eso de las parejas... ¿Tú... eh... compartiste?

—Así es. —Da un par de pasos largos para terminar justo delante de mí. Me toma la barbilla con delicadeza y me besa con tanta dulzura que casi me echo a llorar—. ¿Por qué no iba a hacerlo? Ella no era mía.

Sus palabras me tranquilizan más de lo que quiero reconocer.

—No me gusta pensar que ha habido otras mujeres antes de mí —admito, aunque sé que es una tontería pensar eso, porque Damien Stark es lo menos parecido a un monje que hay sobre la faz de la tierra.

—No las hubo —dice—. Puede que haya habido mujeres... puede incluso que compartieran mi cama... pero no hubo nadie antes de ti.

Asiento, todavía sintiéndome tonta, pero también increíblemente feliz. Me enjugo una lágrima con el pulgar.

Damien me dice que me cambie —«Desnuda no; no tengo intención de compartir siquiera tu imagen»— y que me reúna con él en el salón.

Lo hago y vuelvo con un pareo, más que contenta de encontrarlo con una toalla alrededor de la cintura; el bulto de su entrepierna es prueba más que suficiente de que está listo para cualquier placer que figure en la agenda.

Se abre paso conmigo a través de un espacio con sillones, butacas y gente en varias fases de desnudez, que se tocan, se acarician y se excitan. No estoy segura de cuál es el protocolo, pero no puedo dejar de mirar. Damien me ve y me conduce hasta un hueco, uno de los muchos que hay en esta estancia y que sin duda están ideados para este propósito. De hecho, hay una pequeña cortina con la que se puede cubrir la abertura, convirtiéndolo en un espacio pequeño aunque íntimo, semejante casi a un vestidor.

—¿Alguna vez has visto a otras personas hacer el amor? —me pregunta Damien.

Yo niego con la cabeza.

—No. Quiero decir, sí. Algo de porno, aunque eso es diferente.

—Lo es —contesta.

Se queda detrás de mí, de modo que estamos en la oscuridad y puedo contemplar la habitación. Manos que acarician. Labios que se besan. No sé por qué, pero observar a estos desconocidos hace que me ponga cachonda.

—No los deseo a ellos —digo cuando Damien me toma los pechos a través de la fina tela del pareo—. No quiero que me toque nadie más que tú.

—Pero te pone cachonda —me susurra, y yo asiento.

—¿Por qué? —pregunto.

—Son un espejo. Ves la pasión en sus caras y la deseas. Ves el deseo arder en su piel y quieres sentirlo. Los oyes gemir cuando se corren y también quieres alcanzar eso.

—Sí —gimo mientras la verdad de lo que dice me impregna. Nunca pensé que tuviera tendencias de *voyeur*, pero observar a estas personas (acariciándose la piel resbaladiza con las manos, uniendo sus bocas) es como avivar el fuego que ya crece dentro de mí—. Dios, sí. —Me apoyo en Damien, sintiendo la presión de su erección contra mi trasero. Sus dedos me pellizcan los pezones y dejo escapar un grito, que se torna en un gemido desesperado cuando su otra mano desciende para ahuecarse sobre mi entrepierna—. Por favor. Tócame.

—¿Estás segura? —pregunta, y percibo un profundo deseo en su voz.

Asiento. No deseo ser quien mire, sino que deseo con todas mis fuerzas sentir.

—Las sombras —digo—. Y el pareo se abre a un lado.

«Nadie podrá verme», me digo a mí misma. Pero la verdad es que no estoy segura de que me importe ya que lo hagan.

La abertura del pareo queda sobre mi cadera, pero Damien le da la vuelta de modo que se abra sobre mi muslo, cubriendo a duras penas mi sexo. Desliza la mano bajo la tela y me acaricia. En ese momento me muerdo el labio inferior para no gritar. Estoy tan caliente, tan sensible, que temo estallar ya mismo en su mano.

—Nikki, ay, Dios mío, nena. —Utiliza la mano que tenía en mi pecho para levantarme el pareo por detrás.

Sé que debería protestar, pero no quiero hacerlo. Quiero la emoción. Quiero a Damien. Quiero que me folle en este rincón oscuro con esta bacanal de sexo delante de nosotros. Quiero desenfreno.

Lo quiero todo.

—Sí. —digo, y me inclino hacia delante para poder agarrarme al borde del hueco. Cierro la cortina un poco (un guiño a la intimidad), aunque no quiero que nos tape del todo.

Todavía llevo el pareo puesto y Damien está detrás de mí, de modo que sé que tenemos cierta intimidad, pero cuando me agarra de las caderas y me penetra, cuando grito de placer por la intensidad de acogerlo dentro y por la fuerza con que me posee, sé que cualquiera que dirija la mirada hacia nosotros sabrá lo que estamos haciendo.

Me da igual.

Lo único que quiero es a Damien.

Lo único que quiero es sentir, y por eso llevo la mano hacia atrás, apartando la suya de mi cadera y metiéndola dentro del pareo, exigiendo en silencio que me acaricie el clítoris mientras me folla por detrás.

—No cierres los ojos —me ordena Damien, y no lo hago. Observo. La pasión observando la pasión. El deseo centrándose en el deseo.

Juguetea con mi clítoris mientras su polla me colma y me acaricia. Me está llevando al frenesí y su tacto, combinado con el entorno, me empuja al precipicio con tanta fuerza y rapidez que sé con seguridad que si Damien no me sujetara, me caería de rodillas.

Cuando el orgasmo se apodera de mí, mi cuerpo lo lubrica al tiempo que mis músculos lo ciñen con una necesidad desesperada que lo propulsa, haciendo que explote en mi interior mientras sus manos se agarran a mis hombros y grita mi nombre.

Entonces cierra del todo la cortina y hace que me vuelva en sus brazos; me derrito bajo sus manos, en su beso.

—Te quiero —me dice.

—Lo sé —respondo, pegándome a él. Estoy satisfecha. Y en este preciso momento, no me siento nada hogareña.

Nos quedamos un ratito más, disfrutando de la sauna y del jacuzzi. Haciendo el amor despacio en un cuarto privado, con los piratas como tema central, donde dejo que Damien me haga su cautiva y luego me posea con fuerza. Es ya tarde cuando nos marchamos y me siento muy satisfecha y maravillosa.

—¿Cómo lo sabías? —pregunto cuando salimos a la acera—. ¿Cómo sabías que me gustaría?

—¿Tú qué crees?

Guardo silencio; ambos conocemos la respuesta. Porque Damien me conoce tan bien como yo misma. Y por lo que a mí respecta, es una sensación gloriosa.

Le cojo de la mano y hago que se detenga, para luego ponerme de puntillas y darle un beso, con la intención de que sea tan solo un roce y riendo después, cuando él captura mi boca de manera prolongada y profunda.

Una luz brillante parpadea, poniendo el mundo patas arriba, y tardo un segundo en darme cuenta de que se trata del flash de una cámara, al que sigue una ráfaga de flashes. Me tambaleo hacia atrás; solo después comprendo que Damien me ha empujado hacia un lado.

Damien está en la calle y su puño se estrella de manera contundente en la cara del fotógrafo mientras asimilo las palabras que llevan pendiendo en mi cabeza desde que se apagó el primer flash, como el bocadillo de un cómic:

—¡De puta madre! Stark paga por ella y luego la comparte.

El acento es marcadamente británico, y cuando veo las distintas cámaras que lleva colgadas del cuello al caer hacia atrás, con la nariz sangrando, me doy cuenta de que es un cazafamosos de una revista del corazón británica.

Ni siquiera tengo tiempo para indignarme antes de que Damien arremeta contra el tío.

—¡Damien, no! —grito, pero mis palabras llegan demasiado tarde.

Damien sujeta al tío por la pechera de la camisa y lo empuja. Parece titubear y luego, en lugar de romperle la cara, coge una de las cámaras y la rompe.

—Lárgate de aquí —espeta con tono grave y muy, muy amenazador, y es evidente que el fotógrafo reconoce el peligro. Se da media vuelta y echa a correr.

Yo agarro a Damien de la camisa, pues temo que corra tras él.

—Se acabó —digo, respirando con dificultad y empezando a temblar—. Para. Se acabó.

Pero, mientras pronuncio esas palabras, sé que dista mucho de haber terminado.

11

—Lo siento —dice Damien en el taxi de camino al hotel Margartite.

—¿Por no parar? ¿Por romperle la cámara? —Hago una mueca—. No pasa nada, en serio. Ese tío me importa una mierda. Solo quiero que no te metas en líos.

—No por eso —replica—. Por traerte aquí.

Tardo un momento en comprender de qué está hablando.

—¿Te refieres a París? ¿Al club? —Aprieto un poco la mano que sostengo en la mía—. Damien, es ridículo.

—¿Lo es? —Sus palabras suenan tirantes. Cortantes—. Estuve a punto de cancelar el viaje después de verte la cara en México. De ver lo mucho que estabas disfrutando de la playa, de la soledad.

Recuerdo las sombras que había visto en su cara cuando hablamos de abandonar el complejo turístico y todo encaja.

—Y luego te traigo a una ciudad repleta de prensa... te pongo de nuevo bajo los focos —prosigue—. Y lo que es peor, te llevo a ese club. Ha sido como abrir una puñetera puerta para que cualquier cabrón muerto de hambre...

—No. —Le pongo un dedo en los labios—. Adoro París. Y, por Dios, Damien, me ha encantado ir a À la Lune contigo. —Recuerdo la manera en que me ha tocado, el desbordante erotismo de sentir a Damien dentro de mí mientras contemplábamos a esos desconocidos sabiendo que estábamos tan expuestos como ellos—. Y era imposible que pudieras prever que un cabrón con una cámara...

—¿Imposible? Siempre hay un cabrón con una cámara, Nikki. Forma parte del paquete. Las cámaras y toda la mierda de mi pasado. Está todo ahí y siento muchísimo que ahora forme parte de tu vida.

—Damien, no pasa nada —digo con pasión—. No quiero ser una ermitaña y no necesito serlo. Me llevas a sitios... en el mundo y dentro de mí... y no quiero que dejes de hacerlo.

Ve algo semejante a la esperanza en su rostro, pero desaparece, sustituido por la ira y el remordimiento.

—Como mínimo debería ser capaz de darte un respiro en nuestra luna de miel.

—No. —Mi voz es dura. Firme—. Joder, Damien, ¿es que no lo entiendes? No quiero escapar de tu vida. Te quiero. Toda esa mierda es solo parte del hombre en que te has convertido.

—¿Abono?

Pongo los ojos en blanco.

—Hablo en serio. Tú eres un paquete completo, Damien. Y puede que no les tenga excesivo aprecio a los paparazzi, pero a ti te quiero. Y eso hace que me resulte más fácil aguantarlos. Lo sabes —agrego, sintiendo algo de pánico, porque sí que lo sabe eso—. Te lo he dicho una y otra vez. ¿Acaso no sabes que hablo en serio?

Damien, sin embargo, no responde, y cuando le miro a los ojos, se me forma un nudo en la garganta. Me doy cuenta de que esto es por algo más que por los paparazzi. Puede que no me agraden, pero me estoy acostumbrando a ellos y Damien lo sabe perfectamente.

Frunzo el ceño.

—¿Qué es lo que no me estás contando?

Guarda silencio durante un momento y, cuando habla, tengo el pecho tan encogido que estoy segura de que se me ha olvidado cómo respirar.

—Sofia —dice—. Es quien está detrás de la estúpida demanda.

—¿Cómo coño lo sabes?

—Mis abogados han logrado seguirle el rastro. Es lo que decía Sylvia en el mensaje que me ha enviado antes. Iba a contártelo más tarde. No quería arruinarte París —gruñe—. Era demasiado esperar. —Se pasa los dedos por el pelo—. En cualquier caso, se ha retirado y su abogado sabe que le ha engañado. Pero lo empezó ella. Estás detrás. Porque quería joderte.

Intento asimilarlo todo.

—Yo... no lo entiendo.

—¿WiseApps? Mejor SabiondApp. —Su voz evidencia que se siente herido—. Que se vaya a la mierda.

—Está desquiciada —digo, aunque me cuesta pronunciar las palabras. No puedo evitar acordarme de lo que me dijo Sofia, que Damien no me quería, que debería abandonarle y recurrir a la cuchilla para aliviar mi sufrimiento.

Me obligo a reprimir la furia. Ahora es inútil. Porque está enferma y todos los disparates que está cometiendo están haciendo daño a Damien. A Damien y a mí.

Le apoyo una mano en la pierna.

—No es culpa tuya.

—Debería estar en un centro en el que no le permitan el acceso a internet ni a un teléfono. Tiene a alguien que tira de los hilos por ella. Es demasiado lista, demasiado manipuladora.

—No ha sido más que una molestia —digo, aunque es muchísimo más que eso—. Has puesto fin a esa estúpida demanda antes de que pudiera convertirse en algo grave.

Se vuelve hacia mí.

—¿Y cuándo es demasiado grave, Nikki? Cada vez que nos damos la vuelta, mi pasado surge para intentar hacerte daño.

Hunde los dedos en mi cabello y yo hago una mueca al recordar cuando cogí las tijeras y me lo corté con violencia. Baja la mano para darme un apretón en el muslo y me obligo a no llorar mientras pienso en las cicatrices... en las veces en que los paparazzi, en que los problemas con Sofia y todas las demás historias han hecho que esté tan cerca de cortarme. Me estremezco, pero niego con la cabeza.

—Pero no lo he hecho —susurro—. Y ha sido gracias a ti. Tú eres mi fuerza, Damien. Lo sabes.

—¿Y tu pesadilla? —pregunta, y tengo que obligarme a no estremecerme al recordarlo.

No obstante, me encojo de hombros.

—Todo el mundo tiene pesadillas. Nadie tiene tanta suerte como yo de contar con un hombre como tú para que las ahuyente.

Me agarra la parte superior del brazo al tiempo que clava sus ojos en los míos con esa acalorada ferocidad que me deja sin aliento.

—No hay fuego que no pueda cruzar por ti, Nikki. Pero eso no significa que quiera que tú también te quemes.

—Ya me he quemado por ti, Damien. Por supuesto que también ardería por ti.

Por un momento, me aprieta con tanta fuerza que casi hago una mueca de dolor. Luego me atrae hacia sí con vehemencia y me aplasta la boca con la suya. La palma de su mano me sujeta la nuca, sus dedos se enroscan en mi cabello. Nuestros dientes chocan, su lengua invade mi boca y deseo esto, esta pasión, este delirio. Necesito que sepa que puedo aceptarlo. A él, esta vida, este lugar. Todo.

—¿Te haces una idea de cuánto te quiero? —pregunta cuando el taxi se detiene delante del hotel.

—Al menos tanto como yo te quiero a ti —respondo.

Empiezo a desplazarme hacia la puerta, pero la mano de Damien me frena. Sigo su mirada por la ventanilla y veo al grupo de periodistas congregados cerca de la entrada, apuntándonos con las cámaras.

Joder.

—Siga —indica Damien, dando un golpecito con la palma de la mano en la mampara de cristal que nos separa del taxista.

Este continúa, cosa que le honra, dejando boquiabiertos a los buitres. Nos lleva a la parte de atrás y nos deja en la entrada del servicio. La decoración resulta bastante menos impresionante cuando atravesamos la cocina y pasamos por la lavandería, pero al menos es zona libre de fotógrafos.

Nos dirigimos al ascensor del servicio para subir al ático y, mientras esperamos a que llegue, Damien saca su móvil y lee un mensaje de texto.

—¡Joder!

—¿Qué pasa? —pregunto, pero está demasiado ocupado abriendo aplicaciones y comprobando alguna cosa.

Me arrimo y me encuentro cara a cara con la imagen de la mano de Damien en mi pecho y la otra visiblemente bajo mi falda. Y menos mal que estaba oscuro, porque no se ve nada debajo de la falda. Aunque es cierto que nadie necesita ver qué estamos haciendo; resulta bastante obvio. La pasión arrebatada mi rostro y las letras naranjas de neón de À la Lune brillan por detrás de nosotros. Reconozco la imagen; es de antes de que entráramos en el club.

No recuerdo haber emitido ningún ruido, pero debo de haberlo hecho, ya que Damien alza la vista del móvil, con una expresión furiosa y triste, decidida y de tierna vulnerabilidad a un tiempo.

—No —digo—. No es culpa tuya.

—¡Y una mierda que no!

—Estamos casados —declaro—. ¿Qué narices nos importa si está en Facebook?

—Está en todas partes —replica—. Sylvia dice que se ha vuelto viral. No tardarán en sacar también la historia del cuadro —añade, refiriéndose a la forma en que me vilipendió la prensa por aceptar un millón de dólares a cambio de un desnudo mío.

Se me encoge el estómago, pero me digo que todo irá bien.

—Lo único que muestra esa pintura es que te quiero y te deseo. Que me pones muy cachonda. Solo hará que cualquier mujer del mundo se ponga celosa porque soy yo la que está en tu cama. Puedo vivir con eso. —Levanto la cabeza con orgullo.

—No me gusta verte expuesta —dice—. Sobre todo cuando soy yo quien te ha expuesto.

—Puedo soportarlo. —No menciono que poder soportarlo y desear soportarlo son cosas distintas.

—Eso no quiere decir que lo quieras —repite Damien, leyéndome la mente, como de costumbre.

Estamos en el ascensor, que se detiene en nuestra planta. Cojo a Damien de la mano y le doy un suave apretón.

—Estamos bien. Estamos juntos, ¿cómo va a ser de otro modo?

La sonrisa con que me responde me alegra el corazón. «Sí —pienso mientras se abren las puertas de nuestra suite—. Todo va a ir bien.»

Y entonces veo la habitación.

—Volvamos al ascensor. —Damien habla con aire duro y peligroso, y se coloca delante de mí en menos de un segundo.

Apenas he atisbado el estado de la habitación; solo sé que la han puesto patas arriba. Nuestras maletas están abiertas; la ropa, desperdigada por todas partes. No nos habíamos tomado la molestia de deshacer el equipaje. Al parece alguien ha decidido hacerlo por nosotros.

—Damien...

—Adentro —dice, haciéndome entrar de espaldas, acto seguido aprieta el botón con brusquedad para cerrar la puerta del ascensor antes de hacer lo mismo con el botón para llamar a seguridad—. Creo que se han ido. Quienquiera que le haya hecho esto a nuestra habitación creo que se ha marchado. No pienso correr ningún riesgo contigo. Ven aquí. Estás temblando.

Me fundo en sus brazos mientras me aprieta contra sí.

Cuando las puertas del ascensor se abren en la planta baja, nos recibe la seguridad del hotel. Nos dicen que ha subido un equipo en el ascensor principal. Esperamos y, por la tirantez en su mejilla y la tensión en su cuerpo, puedo ver que a Damien no le está gustando nada esperar. Él quiere estar ahí arriba. Quiere saber qué está pasando. Quiere acción. Y la única razón de que no se haya puesto ya en marcha soy yo.

El walkie-talkie emite ruido estático, seguido por una ristra de palabras en francés demasiado rápida como para que distinga nada. El guardia responde, mira a Damien y luego me mira a mí.

—El responsable ya no está en su habitación —dice con un inglés claro aunque formal—. En este momento no podemos determinar qué falta, aparte

de... cosas íntimas.

—¿Cosas íntimas? —repito.

El hombre se aclara la garganta.

—Parece que quien ha entrado en su habitación se ha llevado prendas íntimas. Bragas, sostenes. —La nariz se le enrojece un poco y se esfuerza por no mirarme—. Puede que falten más cosas más, claro, pero...

Damien está a mi lado, rígido por la furia. En cuanto a mí, no sé si voy a echarme a reír o a llorar. Creo que ganará la risa, pero no estoy segura de si se trata de humor o de histeria.

Nadie habla cuando regresamos a la habitación. Al llegar, vemos que han recogido nuestras cosas. El orden no atenúa la sensación de haber sido violada.

—¿Cómo ha ocurrido esto? —exige saber Damien, con palabras cortantes y concisas.

Sé a qué se refiere y está claro que tanto el guardia como el gerente del hotel, que se ha unido a nosotros, entienden la parte tácita de la pregunta de Damien: ¿cómo coño ha entrado alguien en nuestra habitación en un hotel de este nivel con el tipo de seguridad que Damien exige cuando viaja?

—Señor Stark, le aseguro que interrogaré al personal durante toda la noche y tendremos respuestas para usted mañana a primera hora.

Estoy segura de que nuestra ropa interior estará en eBay por la mañana. Miro a Damien a los ojos y veo que su expresión es un reflejo de la mía. «¡Joder!»

—Entretanto, si hay algo que necesite...

—Intimidación —responde Damien, y el gerente es lo bastante avisado para saber que es hora de dejarse de tópicos y largarse de allí.

La fachada de Damien permanece intacta hasta que el gerente y su personal se marchan. La perfecta encarnación del hombre acaudalado y muy indignado. Solo yo veo el volcán subyacente en ebullición, y tan pronto se cierran las puertas del ascensor, Damien coge un cuenco metálico decorativo y lo arroja contra el espejo que cuelga detrás de la mesa de comedor, al otro lado de la habitación, y lo parte en mil pedazos.

Mientras se rompe, exhalo el aliento que he estado conteniendo. No me duele su ira. Todo lo contrario; yo misma tengo ganas de arrojar un cuenco. Pero no. En realidad no. Lo que quiero es dejarme caer al suelo. Lo que quiero es agarrar uno de esos trozos. Lo que imagino es la punzada del cristal en mi piel... y, joder, no quiero sentir ni imaginar eso ni ser esa chica. Y sin

embargo ahí está, frío y duro, y todo porque los paparazzi nos están jodiendo y Sofia es una puta sin corazón.

—No.

La voz de Damien parece llegar a mí a través de un túnel. Empieza lejos y luego está junto a mí. La voz y el hombre. Estoy inmóvil, un tanto conmocionada, y de repente tengo sus manos en mis brazos. Gira conmigo hasta que tengo la espalda contra la pared y su boca en la mía.

Desliza una mano entre mis piernas, ahuecándola sobre mi sexo a través de la tela de mi falda. No de forma sensual, sino con brusquedad. De manera exigente.

Desenfrenada.

Y siento el mismo desenfreno que él.

Me levanto la falda, sin que Damien interrumpa el beso. Mientras sus dedos se hunden dentro de mí, su boca magulla la mía y su otra mano se apodera de mi pecho. Con tanta fuerza que la descarga que se extiende desde mi pecho hasta mi clítoris no es solo de placer, sino también de dolor, es candente y familiar.

Que me condenen, pero quiero más. Quiero que sea brusco. Quiero verme arrastrada a un lugar lejano... y quiero que Damien sea la cuerda que me traiga de vuelta.

Sé que Damien también lo necesita. Necesita dominar, recuperar el control.

Y, que Dios me ayude, yo necesito el dolor para mantenerme centrada.

—Sí —digo, y esa única palabra es como un detonante.

Siento que sus músculos se tensan, que su cuerpo se pone rígido de necesidad y agitación.

—Nikki. —Retrocede, y el aumento de la distancia es casi imperceptible, pero para mí es un abismo peligroso.

Tiro de él.

—Sí —repito—. Tú lo necesitas, y yo, también. —Le miro a los ojos, sabiendo que entiende la profundidad de mi ansia. La magnitud de mi necesidad. Siendo también consciente de que él necesita esto tanto como yo—. Eres el único que puede llevarme ahí.

—Y el único que te llevará ahí el resto de tu vida. —Su voz es áspera y firme, pero tiene razón. Jamás volveré a recurrir a una cuchilla. No lo necesito. Tengo a Damien.

No respondo; no tengo que hacerlo. Los temores que pudiera abrigar acerca de mi necesidad se han disipado o han quedado aplastados por su

propio deseo. Por su necesidad de arremeter contra alguien y coger con firmeza las riendas de nuestra vida, que han escapado a nuestro control en medio de un torbellino salvaje.

Yo soy esas riendas y, al reclamarme, puede recuperar el control. Y yo... yo puedo encontrar el equilibrio que anhelo, perderme en la tormenta que es Damien.

Mi vestido se abotona delante y, cuando nos hemos vestido en el club, no me he molestado en ponerme el cinturón de nuevo. Damien aferra el material sin previo aviso y me lo desgarrá. Jadeo cuando los botones salen volando y tomo aire de golpe cuando hace que me dé la vuelta, y entonces me libera de la prenda, arrojándola sin miramientos antes de darme la vuelta de nuevo para penetrarme con dos dedos.

Arqueo la espalda, abriendo la boca en un gemido, y me restriego contra su mano, deseando que me llene.

Damien se retira, apretando mi clítoris con los dedos, generando punzadas de dolor teñidas de placer que me recorren todo el cuerpo.

Jadeo, abrumada por esta nueva sensación, luego grito con sorpresa cuando me coge en brazos, me lleva al sillón y me inclina contra el respaldo. Empiezo a bajar los brazos para mantener el equilibrio, pero él no quiere eso.

—A la espalda —dice, y me valgo de la mano derecha para agarrarme la muñeca de la izquierda.

Es incómodo; siento que pierdo el equilibrio. Pero sé que es así como él quiere que me sienta. Descolocada, temblorosa, descentrada. Porque, si no, ¿cómo va a hacer que me sienta completa de nuevo? Se coloca detrás de mí y oigo el ruido metálico de su cremallera cuando se desviste y a continuación noto la tibia presión de su mano en mi trasero, acariciándome, explorándole, excitándome. Su mano desciende despacio, de forma sensual, y encuentra mi sexo, tan mojado y preparado para él.

—¿Es esto lo que quieres? —susurra—. ¿Quieres mis dedos dentro de ti? ¿Distendiéndote, jugando contigo? ¿Quieres que te folle, Nikki? ¿Quieres que nos lleve a ambos al límite?

Así es, pero no es lo único que quiero y Damien lo sabe. No digo nada.

—Dímelo —prosigue, inclinándose sobre mí de modo que siento el calor de su piel en mi culo y en mis brazos cuando su peso me oprime la espalda. Podría quedarme así para siempre, envuelta en calor, por él. Pero Damien me repite la pregunta, rozándome la oreja con los labios, de forma que su voz me hace estremecer—. Dímelo, Nikki. Dime qué necesitas.

—Lo sabes —respondo, porque no quiero expresarlo con palabras. No quiero ansiar lo que ansío; necesitar el dolor para volver a centrarme. Pero él ya lo sabe, porque me comprende tan bien como se comprende a sí mismo—. Por favor.

—Eres mía. —Las palabras son un susurro, tan quedas que apenas puedo oírlas, y sin embargo esas dos palabras me atraviesan, rebosantes de amor, esperanza y anhelo—. Mía —repite, más alto esta vez cuando se endereza, interrumpiendo ese contacto entre nosotros y haciéndome anhelar la tibieza de su tacto—. Mía —dice una vez más mientras su mano baja con fuerza contra mi trasero, provocando fuertes punzadas que me atraviesan para congregarse entre mis muslos—. Mía.

Me acaricia el trasero con la palma, reconfortante, antes de azotarme una y otra vez; la comezón crece en mi interior, y el fuego del contacto se dispara como un rayo, lo que me hace gritar mientras me centro en él, lo aferro y lo detengo de nuevo, adueñándome de ello de forma que no es el dolor lo que me controla a mí, sino que soy yo quien controla el dolor.

—Mía —repite cuando mi cuerpo se enciende, presa de las sensaciones y del deseo. Se acerca y su polla presiona contra mi trasero mientras me separa las piernas y acaricia mi sexo; su tacto provoca oleadas que se extienden por mi piel—. Yo cuido de lo que es mío —asevera, y las palabras me envuelven cuando se hunde profunda y rápidamente dentro de mí.

Grito mientras mi cuerpo lo acoge, ciñéndolo para llevarlo más adentro. Pero no es algo pausado ni fácil. Es duro y rápido, y Damien se retira para embestirme de nuevo, uniendo nuestros cuerpos con un violento impacto que me eleva por encima de mí misma.

Me agarra las caderas con fuerza con una mano mientras con la otra busca mi clítoris al tiempo que me penetra sin cuartel. Me está usando y yo lo estoy usando a él, y juntos nos abrimos paso el uno al otro a través del espantoso bosque que ha crecido a nuestro alrededor.

Puedo sentirlo todo dentro de mí, todo dentro de él, y crece más y más, hasta que la explosión es inevitable y sé que si estallamos así, el uno sin el otro, estaremos perdidos.

Pero Damien y yo somos el camino de miguitas de pan del otro y siempre nos traeremos de regreso.

Después me tiende con suavidad en el suelo. Yazco de espaldas y le miro mientras me acaricia la cara y después, con suma ternura, se hunde de nuevo en mí. Ya no me controla a mí, sino a sí mismo, y yo me rindo de buena

gana, dejando que vaya a donde necesita y que me lleve con él.

Cierro los ojos, perdida en esa dulzura mientras se mueve con una cadencia pausada y delicada, que permite que mi placer aumente despacio, hasta que se desata sobre ambos, no en una explosión esta vez, sino en una delicada lluvia que se lleva consigo toda la crudeza.

Con un suspiro, me acurruco a su lado en el suelo, con el cuerpo pegado al suyo.

—¿Cómo es que puedes enderezar mi mundo cuando todo va mal?

—Porque me amas —dice—. Y yo te amo a ti. Ese es nuestro talismán, nuestro amuleto. Puede que aún nos quebrems un poco, tú y yo. Pero, mientras estemos juntos, ninguno se hará pedazos.

Cierro los ojos y respiro hondo, porque tiene razón. Con Damien a mi lado, siempre estaré completa.

Nos quedamos ahí tumbados hasta que ya no lo soporto más.

—¿Qué vas a hacer? —pregunto por fin.

—Se habrá filtrado la noticia —dice—. Aunque no aparezca ningún sujetador o braguita en eBay, las revistas ya se han enterado. Seremos la historia del momento, dure lo que dure ese momento.

—Añade a eso la foto fuera del club y el puñetazo a ese fotógrafo... —Mi voz se va apagando. No es necesario que siga, en realidad.

—¿Quieres quedarte?

—Sí —barboto, luego me apresuro a añadir—: No. —Hago una mueca—. Quiero París —reconozco—. Y decía en serio lo de antes; el escrutinio y los fotógrafos vienen con el paquete. Soy tu mujer, Damien, y me enfrentaré a lo que haga falta, porque jamás renunciaré a ti. Pero...

—Lo sé. Y la verdad es que si mi dinero no puede pagarnos una escapada, ¿para qué coño sirve? —aduce. Me apoyo en un codo para mirarle con los ojos entornados, preguntándome adónde quiere llegar con eso—. No puedo hacer que desaparezcan las críticas de la prensa del corazón. Y no puedo espantar a los fotógrafos. Ni siquiera puedo prometer que será mejor la próxima vez que vengamos. Pero lo que sí puedo es hacer que sea mejor ahora. —Sus palabras son como un bálsamo que me envuelve con esperanza—. ¿Confías en que lo arregle? —pregunta, con los ojos clavados en los míos. No dice nada más y sé que este hombre, que dirige un imperio él solo, me está dejando esto a mí.

—Eres mi aliento —respondo, diciéndole lo que ya sabe—. Eres el latido de mi corazón. Eres mi esencia. Y siempre confiaré en ti.

Me aparto de los ojos el pelo, que me azota el viento, y acepto la mano del capitán. Es un hombre grande, de piel color café, resbaladiza por el sudor. Advierto un destello dorado en su sonrisa mientras me ayuda a bajar del barco al inestable muelle flotante que se mueve bajo mi peso cuando pongo un pie en la ajada madera.

Damien me sigue, pero luego se detiene el tiempo necesario para pagar al hombre y darle las gracias por traernos.

—Traeré también a su personal, solo tiene que decirlo, señor.

—Nada de personal —contesta Damien—. No en este viaje. Pero contactaré por radio cuando necesitemos que vuelva a por nosotros.

Posa la mano en mi espalda y casi puedo percibir sus pensamientos en la presión de sus dedos. «Solos. Juntos. El paraíso.»

Vuelvo la cabeza para sonreírle. Eso me suena a gloria.

El capitán regresa al barco mientras Damien y yo dejamos el muelle por la blanca arena. Llevo puestos unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes. Voy descalza. El capitán descarga nuestro equipaje en el muelle, pero lo dejamos allí por el momento, pues estamos demasiado absortos en explorar esta amplia isla casi salvaje de las Bahamas.

La arena está caliente bajo mis pies, y Damien y yo la cruzamos hasta el borde del agua. Apenas hay olas; en cambio, el agua turquesa está tan en calma como en una pintura, vasta y vibrante e infinita; el fabuloso cuadro solo se ve interrumpido por la silueta de pequeñas islas similares a lo lejos.

A nuestra espalda, la arena se eleva hacia el límite de la vegetación y veo un camino rústico que atraviesa la maleza. Lo sigo con la mirada y logro distinguir una pequeña casa de piedra.

—Es la única construcción —dice Damien—. Necesita algunas reparaciones, pero es perfectamente habitable. El cayo tiene casi tres hectáreas de naturaleza virgen y prístinas playas. Y no hay ni un alma aparte de ti y de mí.

—¿De verdad la has comprado? —Sigo impresionada.

—De verdad.

Me adentro en el agua, tibia, hasta que me cubre justo por debajo de las rodillas, luego vuelvo la cabeza para mirarle con una sonrisa.

—Creía que no comprabas propiedades por impulso.

—No lo hago. Pero tienes el don de alterar mis prioridades y debilitar mi equilibrio.

—Oh, ¿de veras? —Bajo la mano, cojo un poco de agua y se la arrojo—. ¿Debería disculparme?

—Joder, no —dice, luego me salpica antes de cogerme de la mano y atraerme hacia sí.

Me echo a reír y me tambaleo entre sus brazos, agarrándome a él cuando los dos caemos en la arena.

Damien está encima de mí y nuestro comportamiento juguetón y despreocupado se torna ardiente anhelo con la facilidad con que se acciona un interruptor de la luz. De pronto me cuesta respirar, siento un cosquilleo en la piel y mi cuerpo cobra consciencia de cada punto de contacto. Me ruge la sangre, y los ruidos de la isla —los pájaros, el oleaje— quedan amortiguados por el atronador latido de mi propio corazón.

—La he comprado para ti —asegura, con voz ronca—. Pero también soy egoísta.

—¿Y eso?

Se coloca a horcajadas sobre mí y sus caderas se mueven, casi de forma imperceptible, pero lo suficiente como para provocarme pequeñas descargas.

—Quiero hacerle el amor a mi mujer en la playa. Quiero caminar desnudo entre las olas. Quiero la libertad de tomarte cuando quiera, donde quiera, y saber que no hay cámaras ni paparazzi. Nadie que nos observe. Nadie que nos preste atención.

Asiento, demasiado abrumada para hablar. Ha hecho esto por mí. Me ha comprado una puñetera isla. Me está costando comprender la magnitud de este gesto y solo puedo hablar desde el corazón.

—Te quiero —declaro, y Damien esboza una sonrisa radiante—. Pero ¿cómo? —pregunto—. Quiero decir, ¿cómo la has encontrado? Anoche nos encontramos la habitación patas arriba y esta misma mañana hemos volado a Nassau. ¿Tienes una lista de lugares carísimos que podrías decidir comprar?

—Algo así —responde. Sus labios se mueven con nerviosismo mientras me acaricia el pelo—. La estudié hace seis meses como posible enclave para un complejo vacacional. No creía que valiera para eso, pero hice que Sylvia llamara al agente anoche y comprobara si seguía estando disponible. Lo estaba... y ahora es nuestra.

—Es demasiado.

Ni siquiera alcanzo a imaginar cuánto debe de haberle costado una isla.

—Te prometo que nos la podemos permitir. ¿Y de qué sirve trabajar tanto para amasar una fortuna si no disfrutas del dinero cuando lo tienes?

Dado que no puedo discutirlo, no lo hago. En cambio, me incorporo lo suficiente para rodearle el cuello con los brazos y acercarlo a mí. Entonces le miro a los ojos, tan llenos de ardor y poder que rivalizan con el sol, que cae a plomo.

—Hazme el amor, Damien —susurro, y siento que su cuerpo se tensa en el acto y que el mío despierta al mismo tiempo.

—Con sumo placer —dice, brindándome esa sonrisa tan sexy de Damien Stark.

Entonces me reclama con un beso tan audaz y profundo que me despeja la mente por completo, borrándolo todo salvo este momento, a este hombre y esas cuatro sencillas palabras a las que me aferro con gran deseo y asombro, «señora de Damien Stark».

Ahora, en esta isla, con el sol y el cielo como únicos testigos de nuestra pasión, me dejo llevar por el placer de este hombre con el que me he casado. Y sí, estoy satisfecha.

TRILOGÍA EL AFFAIRE STARK

La trilogía de romance erótico
más excitante del año.



Erotismo sin límites, amor
apasionado y unas gotas de
misterio se mezclan en este
cocktail irresistible y adictivo.

Grijalbo

Si te apasionó la excitante historia de amor entre Nikki y Damien en la trilogía «Stark», si seguiste su explosivo romance hasta el último capítulo, no te puedes perder *Compláceme*.

Ahora, tras el matrimonio, la sensualidad y el erotismo de esta arrolladora pareja siguen más vivos que nunca. Si la boda fue de ensueño, en la luna de miel saltarán chispas.

«Nuestra boda ha sido todo lo que siempre había deseado y ahora la luna de miel es un sueño hecho realidad. Convertirme en la esposa de Damien Stark es el último gran paso y significa que el juramento es real y que nuestra pasión arrebatadora sella nuestro amor. Mi beso será suyo para siempre, su caricia será mía para siempre.

Aunque ambos escondemos profundas cicatrices de nuestro pasado, hemos hecho todo lo posible para dejar atrás nuestros fantasmas. Sin embargo, las pesadillas siguen acosándonos y sigue habiendo personas que amenazan con separarnos.

El éxtasis que compartimos me hace sentir viva y lucharé para que Damien siga a mi lado. Él es mi futuro, mi esperanza, todo lo que quiero y necesito. No hay nada que pueda detenernos.»

***Compláceme* es un nuevo episodio de la relación entre Nikki y Damien, los protagonistas de *Desátame*, *Poséeme* y *Ámame* y la e-nouvelle *Tómame*, que integran la serie más popular de J. Kenner, una de las reinas del género de romance erótico que arrasa en las listas de más vendidos del *The New York Times*.**

J. Kenner es una célebre autora de literatura romántica.

Nacida en California y abogada de profesión, sus dos trilogías anteriores, «Stark» (compuesta por *Desátame*, *Poséeme* y *Ámame*) y «Deseo» (formada por *Deseado*, *Seducido* y *Al rojo vivo*), además de las e-nouvelles de la serie *Tómame*, *Compláceme* y *Sigue mi juego*, han obtenido un éxito destacado con más de dos millones de ejemplares vendidos en todo el mundo, y se han posicionado durante semanas en las listas de best sellers del *The New York Times*, *USA Today*, *Publishers Weekly* y *Wall Street Journal*.

Con «El affaire Stark», su nueva trilogía formada por *Di mi nombre*, *En mis brazos* y *Bajo mi piel*, recupera el halo de las novelas que la dieron a conocer entre el público.

Edición en formato digital: julio de 2016

© 2014, J. Kenner

© 2016, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2016, Nieves Calvino Gutiérrez, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Sergi Bautista

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-5454-0

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

The logo for Penguin Random House Grupo Editorial is centered on the page. It consists of the words "Penguin", "Random House", and "Grupo Editorial" stacked vertically in a large, black, serif font. The text is flanked by two vertical orange lines, one on the left and one on the right, which are slightly shorter than the height of the text.

Índice

[Compláceme](#)
[Nota de J. Kenner](#)

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)

[Sobre este libro](#)
[Sobre J. Kenner](#)
[Créditos](#)

Table of Contents

[Compláceme](#)

[Nota de J. Kenner](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre J. Kenner](#)

[Créditos](#)